

AMERICA

Núms. 11 y 12



Imprenta Nacional—QUITO

Valor: 40 ctvs.

AMERICA

Desde el próximo número publicaremos una página de fototipia, ofrecida galantemente por el Sr. José D. Laso, en la que publicaremos la imagen encantadora de una damita ecuatoriana.

Comunicamos a nuestros lectores que **América** asomará con regularidad a mediados de cada mes.

SASTRERIA

DE

LEOPOLDO PAREDES

Visite Ud. este acreditado taller.—Largos años de práctica profesional le han colocado entre las primeras de la Capital.—Sus precios no admiten competencia.

Calle Guayaquil y Olmedo.

Casa N° 52



Francisco Alvarez Pérez

Cirujano-Dentista

OFRECE AL PUBLICO
SUS SERVICIOS
PROFESIONALES

Calle Venezuela Núm. 51

TELEFONO 6-1

SIEMPRE

que usted necesite algún elisé, use un buen elisé. Lo contrario es contraproducente. La excelencia de nuestros fotograbados, plenamente reconocida por el público desde 1913, es uniforme. Nuestra tarifa, que consulta el mantenimiento de una clientela fija antes que una exorbitante ganancia ocasional, es equitativa e inalterable. Especializamos en trabajos finos para revistas y catálogos, y garantizamos todos nuestros trabajos.

Muestras y presupuestos a vuelta de correo.


Montalvo Hnos.
Fotograbadores y Dibujantes

Ambato-Ecuador.—Apartado 51

AMERICANA



Gonzalo Zaldumbide



AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
de Literatura, Artes y Ciencias

~ ~ ~
Dirección:

Alfredo Martínez
Guillermo Bustamante
Hernán Pallares Zaldumbide

~ ~ ~
Director Artístico:
Nicolás Delgado

~ ~ ~
Administrador:
Ezequiel Abad Guerra

*Hagamos que el
amor ligue con un
lazo universal a los
hijos del hemisferio
de Colón.*

S. Bolívar

AMERICA

*Los hombres no
serán felices sino
cuando se tengan
todos por herma-
nos.*

J. Montalvo

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

Año I

Quito—Ecuador—1926

N.º 11 y 12

GONZALO ZALDUMBIDE

EN GONZALO ZALDUMBIDE se aprecia, además, su obra de propagandista de letras americanas, de crítico de literatura, de estilista, autor de ensayos, donde se advierten, desde luego, la penetración honda y original de explorador en el mundo de las ideas, la sutil labor psicológica, la adaptación de la manera tradicional castiza, a las ondulantes, nerviosas y elásticas formas del arte francés, desde el ciclo romántico hasta el momento presente.

Pertenece al centro de escritores americanos que colocados en París —punto de conjunción de todas las hondas sonoras— reciben en la placa del cerebro las impresiones de luz y armonía de todas las zonas, y en posición tan alta, pueden dirigir, como desde una oficina central, el ritmo de las ideas, para su expansión en los países nuevos de Ultramar.

Su prestigio extenso y merecido en Europa y América aporta honra y decoro a su patria.

Esteta por sangre y temperamento, como hijo de un caballero que hizo vida y labor de arte, posee la distinción como cualidad prevaleciente: la distinción que se traduce en la gallardía de las formas, en la corrección de la etiqueta literaria, en la limpieza de la cultura, en la actitud magnánima y protectora para los nuevos, los improvisados, todos los menesterosos que llevan la pluma en las manos como instrumento de celebridad: Un *gentleman* de Academia, que ejerce el ministerio de austeridad crítica, pero también la piedad, que ha tenido triunfos en la tumultuosa república de las letras.

Hermoso espíritu y mejor corazón; ve en los demás duplicada su propia excelencia, y tiene concesiones y suavidades de gran señor que compadece a los pobres de talento y saca del fondo de la nada a los perdidos, a los olvidados, con caridad muy poco acostumbrada en el intrincado oficio de aprendizaje y magisterio de la literatura.

Su prosa artística, derramada en corriente de emoción, tiene peculiaridades que hacen su originalidad, no estudiada, sino genial y sincera. Maneja el epíteto con maestría: ese secreto virgiliano del calificativo único y preciso lo han logrado muy pocos escritores. Su frase no pertenece a los formularios de manual y de prontuario de enseñanza, tan socorridos por periodistas y gentes menores de la casa literaria. Tampoco gasta preferentemente técnica de moda y la postura preconcebida y solemne: es un artista de nacimiento, educado para la perfección de las dotes naturales e

iluminado por la belleza del arquetipo: astro conductor en las travesías del alma en pos de las Islas Afortunadas. Independiente, dueño de sí, conductor de otros, su vocación es la de heraldo, de guía.

Su pensamiento se multiplica en las fases y curvas del concepto y en veces se entrega al difícil equilibrio de la paradoja, salvando en ella la media parte de verdad que contiene, dado también a la zona de sombra de Rembrandt el atractivo que para sí demanda la zona definitiva de luz.

Que a veces la densidad de su pensar aprieta las sienas del lector y tortura a los no preparados en esta gimnasia del pensamiento: es verdad. Pero lo es igualmente que este alimento fuerte, este caviar intelectual, no por inadecuado a la asimilación de las medianías, carece de virtud y sustancia para fortalecer la médula y el cordaje del cerebro. Séneca el viejo, Gracián, Emerson, Carlyle y tantos otros no se adaptan a la incompreensión ordinaria; y las tortuosidades de su discurso y el aparente desorden de sus ideas al cabo se resuelven en una recta de luz triunfal.

Zaldumbide se recomienda, además, por su campaña de análisis y vulgarización de las letras hispanoamericanas y de las del Ecuador, país nunca secundario en los viejos y los nuevos tiempos de la historia literaria. La edición de los libros de Montalvo, la reconstitución de la antes borrosa figura del Padre Aguirre, la apología del gran Obispo Villarroel, el escritor máximo de la colonia, patentizan que el crítico quiteño va hacia la empresa de la grande historia de la literatura nacional, a partir de sus fuentes.

Y eso le pide la opinión de su patria. Sus estudios acerca de letras extranjeras no tienen el interés que los del movimiento intelectual americano.—En este punto, ya ha dado ejemplo valioso con el ensayo sobre José Enrique Rodó, que tiene con el humanista ecuatoriano muchos puntos de contacto, siendo Rodó más pintoresco y Zaldumbide más profundo y justiciero, y entrambos navegantes en las aguas tranquilas de la Estética pura, alumbradas por la luz distante del Renacimiento, resurrección de Grecia y Roma eternas, cuanto más enterradas en el corazón de las muchedumbres revolucionarias, más vivas en el alma y en el signo inmortales.

El es tipo del psicólogo, preparado para la labor del escalpelo. M. Marius André lo llama el Bourget de habla española. Reclamaráse quizá de tal comparación, por la tendencia de nuestro escritor, tan inclinado a las concesiones de la libertad, como lo fueron sus mayores, y lo han sido casi siempre los magnates y los hijosdalgos de Quito, desde la emancipación. Pero, sin inferioridades de vasallaje, Zaldumbide resulta especialista en el examen y las diferencias de caracteres y fisonomías, de hechos y corrientes de entendimiento y civilización; y se guía, además, por un ideal de elevación que no transige con las inferioridades del arroyo y los artificios y ficciones del arte de última hora.

Para esplendorar su fisonomía de pensador y artista, domínale la generosa pasión por el arte retrospectivo, por las humanidades clásicas, por las letras matrices grecolatinas y por sus áureos idiomas,—obras maestras del pensamiento y la civilización.—Quedan en el Ecuador con él poquísimos cultivadores de la antigua manera, que vaciada en las nuevas ánforas, posee, con el encanto del arcaísmo, la originalidad de adecuación del genio antiguo a las múltiples formas del arte moderno....

Remigio Crespo Toral

Nota.—El frontispicio de *América* está destinado, desde este número, a la inserción de un retrato de los escritores más notables del país. En la edición próxima, publicaremos la fotografía del "Príncipe de las letras ecuatorianas", el poeta coronado Dr. Crespo Toral.

Augusto Arias

LA ETERNIDAD



DE MONTALVO

QUIJOTE orgulloso y rehacio, desde su impercedero sitio, en la eternidad que le concede dilecto hospedaje, todavía mira alzarse, mal disimulados con las aspas de conquistas liberales, a los molinos de viento de las tiranías. Empero, en su corazón maduro con el sol de la vida perdurable, ya no late el apóstrofe definitivo de la CATILINARIA. Asiste en espíritu depurado y proteiforme, al glorioso banquete de los filósofos y el laurel del genio se estremece para solidificarse, tallado en formidable reflejo de astros, sobre su cabeza tizada, soberbia, nunca abatida. Todavía hay injusticia, miedo, inmoralidad y miseria en el solar en donde se hurgó un día, magnífico y único, este castellano de estirpe anímica, que fué a sacar de la gloriosa nada de sus tumbas a Don Alonso Quijano en huesos y en alma y a Don Sancho Panza en carne y hueso, para hacerlos emprender una nueva correría de aventuras por tierras de América, en el milagro de su frase que evocó al cabo de milenios, esa palabra sonora y riente, acre de los sumos de la vida y mojada en el ácido del buen gusto español, con la que el divino Miguel, Manco de Lepanto, animó a su fabuloso Quijote e hizo accionar con perfección humana a su delicada gitaniña Preciosa o su ambiguo y fragilísimo Licenciado Vidrieras. Cosmopolita de comprensión vivaz y desbordante, su presencia de ilimitada magestad, preside las veladas espirituales de su girón de los

Andes y siempre que la c bardía o el escándalo quieren erigirse en sistema, a su clara ventana de Espectador, parece acudir la sombra del que ayer fustigara con su palabra encendida al crimen entronizado y a la falsedad que triunfa con múltiples disfraces.

Desde la Rue Cardinet, asentada en París, que es el corazón latino del Universo, hasta la esmeralda patriarcal de Ficoa, su espíritu, en un camino de eternidad, hace verdadera la jorncada del romero a quien su misma patria, en destierro injustificado, le abrió la patria máxima, acogedora y paterna, que había de confirmarle grande en la vida y en el talento y en donde sus incomparables TRATADOS debían bautizarse en Besançon para triunfar en el concierto del mundo. Pero en duros retornos, Don Juan ha escapado de la crátera que duerme en la hermosa Lutecia para recordar, en su hogar de la Plaza Mayor de Ambato, sus días de juventud en que se fortificaba en la lectura constante y hacía recia su voluntad en las aguas reparadoras de la meditación. De la provincia nativa, donde la vida es apacible, se levantó un día este luchador extraordinario, lleno de orgullo grande, no de vanidad hinchada; con un fanatismo de moralidad, con un alto sueño de Dios, con una angustia santa de libertad. Junto a la vacilante abulia de estos tiempos, a la cortedad de los ideales de hoy, acomodaticios y menguados, la grandera de Montalvo es de otro tiempo. Se creyera de leyenda. Y como para compensar

IN MEMORIAM

Un tinte rojo seco, decoraba su boca.
Era su cuello ebúrneo y su mentón relia.
Bajo la carne tibia palpitaba la roca.
¡Quién sabe lo que ella al contacto sentía!

Los tallos de la hierba se erguían angustiados
y una tristeza vaga descendía del cielo.
Al borde del camino, sus ojos desmayados
eran dos uvas llenas de dulzura y de vuelo.

En el paisaje fresco su actitud dolorida,
—gemela se diría de una umbela florida—,
atraía los ojos, como una mancha fina.

Y sus brazos de virgen, dos arroyos dormidos,
abiertos en el suelo llamaban a los nidos.
Arriba, cruzó el canto de una golondrina.

En Quito: MCMXXVI

Hugo MONCAYO

su certero venado de panfleto, su golpe de diestra, certero e infamante en la mejilla del cretino o del cobarde, el poeta nos legó páginas sedantes, henchidas de severa ternura—recordad esa maravilla sobre el Padre Lachaise— o nos habló, en un tono grandilocuente, recordando sucesos y personas de otros tiempos, en una asociación de ideas que se alumbró con un genial destello de recordación, que no deja sentir el esfuerzo ahogado del crédito, porque asimiló sin trabajo y sin anotaciones de pedagogo memorista, de La Nobleza o El Genio o en El Buscapicé quizo explicarnos, como el más grande maestro de todos los tiempos, el contenido esotérico del Quijote, su primer de filosofía, su venero de inagotable lirismo.

Don Juan llena el solar nativo con su presencia gigantesca y es para nosotros como un antiguo abuelo que hiciera fuerte y noble nuestra casa. El pensamiento del mundo ya le acoge con unánime tributo, con homenaje admirativo, con devoción. Pero aún no se le conoce plenamente. Hay quienes no admiran en él más que al escritor combativo y vibrante de LAS CATILINARIAS, al obstinado por traer la liberación política y le hablan supremo como fustigador de tiranos. Lo que más vale en él, en todo caso lo eterno, es el estilo depurado de sus páginas, la fuerza de pensamiento en que se vertía su don profético, ese don de los artistas geniales de concatenar a los

hombres y las cosas, para entrar en su profundidad misteriosa, en su raíz íntima y oculta, y animar un cuadro o extraer sabiduría de sus tristezas y sus contentos, de su todo o de su nada. Combatido, perseguido, incomprendido, asiste ahora al definitivo triunfo de su obra reposada y sabia a pesar de la inquietud de su vida.

Don Juan abre la puerta del Olimpo. El que anduvo por los senderos de Lepanto ha de sentirse honrado teniendo a su diestra a este castellano de espíritu, grande en el valor y la belleza, que había sido cantado por Plutarco en sus VIDAS y a quien Carlyle, de conocerlo plenamente, le habría invitado a subir al inmortal panteón de sus HÉROES.

Ora pro nobis, Cosmopolita.

Augusto Arias

Nota:—Este artículo es un fragmento de un libro que acaba de escribir nuestro distinguido amigo, el romántico y exquisito poeta Arias. "En Elogio de Ambato", como se llama la obra en mención, es el testimonio elocuente del cariño fervoroso que siempre ha demostrado el joven escritor para la muy noble ciudad de Ambato. Los capítulos que hemos leído, nos han sugerido. En esas páginas impregnadas de belleza e inquietud espirituales, ha vertido la ofrenda de su alma, que sabe aquilatar la gloria de nuestra historia artística. Este nuevo libro será un triunfo de las letras nacionales, y para los ambateños, un breviario de amor y patriotismo; con él recordará el prestigio brillante de su solar querido, en cuyo seno nació uno de los portentosos ingenios de la América Hispánica, que está dando, con su fama universal, alto nombre al Ecuador.

POESIA MEXICANA

La Ciudad Absorta

Soplaba un maso viento de aquel lado del mar...
La turba era una sola alma para escuchar.

Se concentraba todo en el vago sonido
que venía de lejos... La tarde era tan pura
y la emoción tan honda, que el alma hubiera oído
el vuelo de un colaje cruzando por la altura,
el vuelo de un colaje
en la paz infinita de un misterioso viaje.

Sólo el mar prolongaba su angustioso tormento
mientras la turba oía la palabra del viento.

Ciudad que si noa tarde y cuyo nombre ignoro,
ciudad de vida ensuime y silencio de oro,
ciudad absorta y muda, ciudad cuyo sentido
único es la insaciable codicia del oído:
ciudad a que la llama de crepúsculos rojos
no despierta una sola inquietud en los ojos;
ciudad que nada mira, ciudad que a nada atiende,
porque escucha y comprende;

urbe de cuyos hombres, al pasar a su lado,
no podré decir nunca que me hubiesen mirado;
vieja ciudad fantástica de quien decir no acierto
si la crucé dormido, o la volví despierto...
[He perdido tu rumbo! ¿Quién me dirá si existes,
codicia de mis horas infecundas y tristes?]

[Quién sabe si entre sueños te volveré a escuchar,
oh, viento que soplabas de aquel lado del mar!...]

UN FANTASMA

El hombre que volvía de la Muerte,
se llegó a mí, y el alma quedó fría,
trémula y muda... De la misma suerte,
estaba mudo el hombre que volvía
de la Muerte...

Era sin voz como la piedra... Pero
había en su mirar ensimismado
el solemne pavor del que ha mirado
un gran enigma, y torna mensajero
del mensaje que guarda el orbe entero.
El hombre mudo se posó a mi lado.

Y su faz y mi faz quedaron juntas,
y me subió del corazón un loco
afán de interrogar... Mas, poco a poco
se helaron en mi boca las preguntas.

Se estremeció la tarde con un fuerte
gemido de huracán... Y, paso a paso,
perfióse en la penumbra del ocaso
el hombre que volvía de la Muerte...

Enrique González MARTÍNEZ

César E. Arroyo

BAJO EL CIELO DE FRANCIA

La Exposición Internacional de Artes Decorativas de París

(Conclusión)

HOLANDA, dentro de su arquitectura típica nos presentó una concepción original. El gran muro delantero de su edificio era como una proa de navío que se desliza sobre el mar, hablándonos de un pueblo navegante, de marineras aventuras. Toda la casa era un bloque pesado y cerrado, con una sola puerta, como construída para un país húmedo, frío, de cielo gris y bajo; pero el interior era risueño, acogedor y confortable.

La Polonia ruda y estilizada nos presentó los frisos de sus muros admirablemente tallados. El águila de Polonia, al fondo del atrio, se destacaba sobre frescos al blanco y negro; y todo el misticismo musical de ese pueblo se elevaba en la torre de cristales centelleantes.

La Rusia soviética se presentó con una especie de barracas francamente cubistas. Era el bolchevismo que se había llevado a la arquitectura.

Suecia y Dinamarca se han manifestado fieles a sus tradiciones nortey s, fuertes, duras y veladas de niebla.

Cada uno de los pabellones extranjeros presentaba en sí las características de una raza, de una historia, de un alma: Austria, donde el rococó ha tomado una adaptación característica; Bélgica densa, robusta, plena de energías; Inglaterra, sostenedora siempre de la tradición, empeñada en modernizar el gótico; Italia, artista y trabajadora, admirable en su vitalidad triunfante; Grecia, cuyo pabellón sugería clásicas evocaciones; Suiza, que se había limitado a construir un hotel de turismo; y España, nuestra amada España, que presentó un pabellón muy hermoso con las antiguas líneas moriscas estilizadas y adaptadas al nuevo concepto del arte, con lo que nos probaba que se podía ser muy moderno, sin renegar de las formas originarias creadas e impuestas por la historia y

por el medio, debiéndose sólo adaptar esas formas a los gustos y a las necesidades de la época. En su interior, el pabellón de España, si bien daba notas admirables en escultura, cerámica, tapices, hierros forjados y orfebrería, pudo ser mucho más, dado el maravilloso florecimiento artístico en que se encuentra la nación inmortal.

Las colonias francesas de Africa y Asia presentaban sencillamente, dentro de un edificio típico de su respectiva región, lo más característico de sus artes primitivas y de sus industrias exóticas.

El Japón personalísimo, sin hacer la menor concesión al arte occidental, se limitó a construir una casa nipona con materiales de aquel país, y que por su exterior y por su interior era, hasta en su más nimio detalle, fiel trasunto de un hogar del Extremo Oriente.

En ese esplendoroso certamen, Europa estaba casi completa, había notas calientes de Africa, de Asia y aún de Oceanía, y faltó por completo el concurso de América. Ni la Argentina, ni el Brasil, ni México, que son las magnas fuerzas nuestras. Ni los Estados Unidos de Norte América. Nadie, nada! Como si Colón no hubiera hecho el gran viaje, igual. Y no hay duda de que el concurso de América hubiera sido considerable, ya que nuestras nacionalidades guardan, de la época precolombina y de la época colonial, verdaderas maravillas en artes decorativas y suntuarias. Esta era la gran ocasión de mostrarlas al mundo; pero no se ha hecho; y ha mancado por esta causa, la recién fenecida Exposición que, en realidad, no pudo llamarse "universal", ya que no hizo acto de presencia la mitad más vigorosa y prometedora del planeta.

Por la noche, la Exposición se encendía y cobraba una vida fantástica. Las fuentes luminosas reventaban en surtidores y luego caían en cascadas de pedrería rutilante; las torres, los faros lanzaban chorros de luz; las ventanas, los vitrales eran como miradas de

fuego traspasantes; el Sena, espejo dinámico, largo y parabólico, reflejaba todas esas luces y las multiplicaba, sensibilizándolas. Todo parecía vivir en una inmensa selva de fuego y de colores. Era una visión milana-nochesca surgida por milagro en Occidente. Era la fiesta del fuego que soñara D'Annunzio, celebrándose en los campos sagrados de la Latinidad. Y dominando el feérico panorama, la silueta aguda de la Torre Eiffel—concreción poderosa de un grito de acero lanzando en el 89—dibujada por millares de focos multicolores y cambiantes, lanzaba desde lo alto de sus trescientos metros, el pregón anunciador de una gran marca industrial.

Acodados sobre el pretil del Puente de los Inválidos, en el comienzo de una noche estremecida ya por las ráfagas otoñales, contemplábamos la visión deslumbradora de la ciudad luminosa, surgida como por encanto, y que iba a durar lo que una estación; pero que, al desaparecer, iba a dejar en el gran surco que el Progreso traza hacia lo infinito, la simiente de un arte nuevo. Sí, porque esas arquitecturas serenas, esas grandes superficies pálidas, esas masas equilibradas y armónicas, esos bloques marmóreos, justa posición de ensueños blancos, estaban representando la augusta escena culminante de la natividad de un arte, que ha llegado, no sólo para la arquitectura, sino para todas las otras formas en que la Belleza, destello mirífico de Dios, se manifiesta.

En esos momentos únicos de deslumbramiento y de ardor, sintiendo nuestro cerebro traspasado de luz y nuestros nervios vibrando de armonías, pensábamos: Se está operando una honda transformación en todos los órdenes del arte: la música abandona la línea melódica, y con Debussy, César Franck, Oscar Straus y los compositores eslavos, se muestra francamente revolucionaria. La poesía deja de ser descriptiva, y con la escuela creacionista, quiere, a base de puras imágenes, crear un mundo nuevo, que no sea reflejo de la realidad exterior ni exprese estados de ánimo. La escultura desecha los símbolos manidos y reacciona contra aquel pueril afán de reproducir las formas humanas, animales y vegetales con sus más ínfimos detalles, para, siguiendo las normas que trazara aquel Mesías de la plástica que se llamó Rodin, hacer que la materia por sí misma, actuando sobre ella con genio, pero sin profanar su augusta dig-

nidad, sin empeñarse en lo absurdo de que la piedra reproduzca exactamente otras materias, hacer que el bloque cobre vida y se transforme en alma. La pintura renuncia a la copia exacta de la realidad, y hace de la luz y del color, que antes eran sólo medios de composición, fines de creación, queriendo dar impresiones bellas, lumínicas y coloristas, antes que pálidos retratos de los modelos elegidos. En el teatro ha surgido un innovador portentoso: Pirandello, que rompe con todos los convencionalismos, fundiendo la ficción escénica en la vida. "Entre el espectáculo y el espectador, ninguna trampa. No se mira la vida, se la penetra. Esta penetración permite todas las intimidades. Es el milagro de la presencia real. La vida manifiesta. Abierta como una jugosa granada. Ningún temblor se escapa..." Así dice el ya famoso manifiesto publicado hace poco. La prosa, la prosa artística de nuestra lengua, de la única que con algún corocimiento de causa podemos hablar, renuncia a la aparatosidad fastuosa de los largos períodos mayestáticos, que se erguían, como pirámides, en la arquitectura de los capítulos; baja del Sinaí castelariano y se humaniza; abandona el templo de Delfos, y de Sibila solemne y sentenciosa, se transforma en musa ensañadora y confidente. Nada de elocuencia, nada de declamación, nada de énfasis, nada de didáctica; sólo pureza, luz, color, ritmo, sencillez, dialfanidad. De difusa se torna en concisa, de rígida se vuelve elástica, de unitaria se hace fragmentaria, de pesada se vuelve ingravida, de opaca se torna en traslúcida, de detallista se hace impresionista; procede, casi exclusivamente por imágenes; y es llama trémula y vivaz, como lengua de fuego apostólica, sobre la frente judía de Cansinos-Assens, o blanca luz astral, bañando la figura reciamente castiza de Azorín.

Lanzados por un anhelo de arte, aquella noche inolvidable, tomamos un taxi y nos dirigimos a la Opera. Ibamos raudos, y las calles, los bulevares parecían huir a nuestro paso. Transcurridos unos minutos, nuestro vehículo se detenía ante la fachada principal del soberbio edificio. Estábamos ante la obra maestra de Carlos Garnier, que constituye, indudablemente, la cumbre, la creación arquetipo de arte europeo del siglo XIX, y que contrasta violentamente con las novisimas tendencias del arte arquitectónico. Esta obra está buclada, cincelada como una

enorme joya de piedra, en la cual las artes decorativas de hace cincuenta años pusieron lo sumo, lo más característico, lo mejor de sus realizaciones. En ella, la arquitectura, la escultura, la pintura y las artes suntuarias se unieron en una suprema síntesis. Las columnas de la arcada que da acceso al vestíbulo están ennoblecidas por estatuas de los más notables escultores de la época, representando: *La Armonía* y *la Poesía*, por Gumery; el *Drama*, por Falguière; el *Canto*, por Dubois; la *Idea*, por Aiselin; la *Canção*, por Chopin; la *Música*, por Guillaume; la *Poesía Lírica*, por Jouffroy; el *Drama Lírico*, por Perreau y la *Danza*, por Carpeau. Luego, en la gran logia, los bustos de los más célebres compositores; en el frontón, vuelan los Pegasos de Lequesne, y la solemne cúpula está coronada triunfalmente por el Apolo de Hillet. Destacándose sobre el fondo de terciopelo negro azulado de la noche, la magna fachada resulta de una grandiosidad impresionante. Quisimos volver a ver el interior que ya conocíamos. Tomamos una localidad alta; no nos importaba lo que se cantaba; pues entramos a ese templo por un afán de arte, pero no de arte lírico, sino arquitectónico. ¡Qué maravillosa es la gran escalera donde triunfan los mármoles, los ónixes, los pórfidos, los mosaicos, los bronce! No creemos que haya en el mundo otra escalera como ésta cuyos tres cuerpos se desarrollan con una armonía y una elegancia soberanas. A ella se asoman, formando regias galerías, tres cuerpos del edificio, y está coronada por una magnífica cúpula cubierta de armoniosos frescos. Al salir por esta escalera, uno se siente, en realidad, ascender a una cumbre de belleza. El foyer principal es tan soberbiamente fastoso, tan suntuosamente decorado que sólo en un salón de Versalles se puede encontrar algo semejante: allí no hay muros casi: puertas, ventanas, medallones y bóveda y todo está recamado, todo está burilado, todo está dorado; no hay un palmo de superficie lisa donde pueda descansar la vista. La gran sala es una sinfonía heroica en rojo y oro; la araña monumental de millares de luces, pendiente del estupendo plafón pintado en cuero, fulge como un sol en el centro superior del maravilloso recinto cuyos cinco pisos tallados en maderas preciosas se desarrollan armónicamente, brillando con áureos destellos. Todo está lleno de

guirnaldas, de flores, de palmas, de símbolos de ángeles tocando líricas trompetas. El rompimiento del palco escénico está sostenido por elegantes columnas de fustes recamados, y es marco condigno de los maravillosos espectáculos que allí se devanan, como en una mágica visión.

En suma, la Opera de París es una obra que subyuga, admira y pasma. Imposible casi describirla y dar con la palabra —menos con la pálida que fluye por esta pluma— la impresión exacta de su estupenda realidad. Acertadísima estuvo la Emperatriz Eugenia cuando, hace sesenta años, eligió el plano de Carlos Garnier, entre centenares de planos presentados. Este grandioso monumento marca, como dijimos antes, el apogeo de las artes plásticas y decorativas en el magno siglo XIX.

Pero, aquí surge una interrogación: tratándose ahora de levantar un nuevo templo al culto del arte lírico, se seguirá copiando la Gran Opera de París? Indudablemente que no. ¿Cómo debe ser, pues, un movimiento de éstos, por su naturaleza y fin, esencialmente decorativo, en el momento presente? La respuesta real y triunfante la encontramos aquí, en esta misma ciudad de Marsella, a pocos pasos del lugar en que escribimos estas impresiones. La Opera Municipal de Marsella, inaugurada este año, en el mismo solar donde se levantaba un teatro lírico del antiguo régimen, que fue reducido a cenizas, tiene un carácter y ha sido construido con arreglo a un criterio opuesto al que presidió en la de París. Aquí se ve la sencillez ornamental, hermanada con la riqueza de los materiales; no hay casi adornos, no hay casi líneas curvas; pero todo es magnífico y del mejor gusto. Su fachada, que parece arrancada de la Exposición que comentamos, es casi austera: un esbelto pórtico formado por seis columnas de orden jónico, una metopa y un ático de tres ventanales de bronce forjado, entre los cuales, estilizados en forma hierática que recuerda los relieves egipcios, se destacan en relieve unas figuras que interpretan esta leyenda: "*L'Art reçoit la beauté d'Aphrodite, le rythme d'Apollon, l'équilibre de Pallas et il doit a Dionysos le mouvement et la vie*". Y nada más; nada más en el exterior, todo de piedra immaculada. Por dentro, la misma severidad elegante; el vestíbulo y el foyer sin cortinajes, sin molduras, sin marcos; unos revestimientos de már-

RAMBLA DE LAS FLORES

(De *Visiones de Europa*)

BRILLÓ tu gracia en la hora vespertina,
y al compás de tu marcha de gavota
mis labios te dijeron la divina
canción de amor, que de mi verso brota.

Llegó a tu oído, como ruido vago,
el eco de mi lenta serenata;
y perdiste inebriada por mi halago
el vaivén de tu alegre caminata.

Los puñales moriscos de mis ojos
desafiaron tus púdicos sourojos,
aportando una flama a tu deseo;

y al mirarte con honda reticencia,
sorprendió mi romántica insistencia
una promesa en tu perfil hebreo.

VÍCTOR HUGO ESCALA

moles coloreados, unos frisos apenas esbozados en la misma piedra mural, y unos frescos modernistas en los techos. La sala, toda de mármol rosa con aplicaciones metálicas; en la parte superior del palco escénico, otros relieves estilizados representando alegorías del arte lírico. El plafón, tratado al fresco con figuras en escorzos audaces y con carnaciones a tono con el color rosa y plata que domina en el conjunto. Eso es todo, eso es todo; y al contemplar esta obra recientísima, uno ve y palpa, la diferencia considerable que se ha establecido entre el arte de hace algunos años y el de ahora, en que se ha cambiado completamente el concepto y se ha mudado el criterio que privaba en la arquitectura y en las artes decorativas.

Ante realizaciones definitivas como la Opera de Marsella y ensayos tan triunfantes como la Exposición de Artes Decorativas, el apasionado por la estética se pregunta: ¿se habrá llegado ya a una serena excelcitud o se inicia una tremenda curva de decadencia? El tiempo lo decidirá. Pero cualesquiera que sean los vuelos que, desde este ápice histórico ensaye el Angel tutelar del arte, este año que agoniza de 1925, marcará una etapa, iniciará un período, señalará un hito destacado y grandioso en la evolución de las formas plásticas, hacia un sumo ideal inasequible.

Marsella, Diciembre de 1925.

EPISTOLA

Ana:

Estoy alegre en esta tarde triste de invierno!
 La ciudad ha tomado una ducha... y tiritita
 de frío...
 En las rías mojadas, abigarradamente
 sobreviven las lágrimas de una nube doliente
 que abandonó su llanto
 de nieve...
 En esta tarde triste, ¡qué absurdo!, estoy alegre.
 Estoy contento, porque como nunca está en mí
 tan armonioso y vivo tu recuerdo, Ana Luisa.
 Me creíes? Es cierto: porque esta tarde evoca
 aquella inolvidable del otro muerto invierno...
 Recuerdas tú? Recuerdas? Ya miro iluminarse
 tu rostro con tu bella
 sonrisa... Si recuerdas: linda tarde de amor!
 Llovía: idealizábamos un ensueño... Y la vida,
 la vida,
 de aprisionarla toda en los íntimos besos
 no cabía en el ánfora de nuestras alegrías...
 Tu alma se abrió como una rosa de los estios
 para mi sed de amor!

* *

Como nunca hoy te pienso. Qué haces en tu ciudad,
 de los cielos azules y las bellas mujeres?
 Te diviertes? Paseas? Lees a Albert Samain?
 Alguna vez me piensas? Dime: me recuerdas?
 Ya sé que vives una vida de encantamiento
 en tu feudal retiro. Y allí, no llegan sino,
 en las tardes vencidas, el canto de los mirlos
 mezclado con los dulces rumores de los ángeles
 que expiran...
 Y está bien esa vida soledosa y tranquila
 para tu alma tan buena
 y extraña,
 para tu alma que nunca
 se acercó hacia el fastidio de la vida vulgar...
 Cómo evoco esas horas! Toda nuestra leyenda
 está viva hoy en mi alma, con el lírico encanto
 de sus intimidades, la emoción inefable
 de la primera cita... tu realeza de reina
 en las noches galantes de perfumes y músicas...
 tu dulzura de virgen y mis penas fatales
 y la tarde de ensueño del otro muerto invierno!

* *

Esta noche, Ana Luisa, mientras en tu jardín
 que aroman los magnolios, pasees recordando
 algún cuento beatífico del Francis James que nuestro
 romanticismo leía,
 alza al cielo tus lindos ojos que yo besaba
 y piensa que el poeta que te ama y que te anhela
 ha franqueado un mensaje para ti en el correo
 celeste de la luna...

Invierno

Antonio MONTALVO

Página de Album

OLEO DE C. A. VILLACRÉS



Sra. Dña. Maria Luisa Navarro
de Amador Baquerizo

Guillermo Bustamante

El Eucalipto Gigante

(Conclusión)

MEDIABA la noche. En un cielo sin nubes, tranquilo, inmenso, la luna parecía estar suspendida en lo más alto como un faro de consolación, y bajo su luz blanca el paisaje adquiría una grandiosidad nunca soñada que hacía abrir los ojos de estupor.

Se me había disipado el sueño y de codos en la ventana abierta, miraba, miraba sin saciarme con toda el alma asomada a los ojos, ávida de esa quietud, de ese silencio, de ese místico y pálido resplandor. Desde la alta ventana dominaba todo el valle que se ofrecía dormido, cándido como un niño, bajo el beso virginal de la luna. De cuando en cuando la respiración del río, a veces fatigosa otras pausada, me llegaba como el rumor perdido de un enjambre de voces que se alejan, y la brisa, al refrescar mi frente, me incensaba con el grato y dulce olor del trébol de las abejas. La vida en ese rato, me pareció tan hermosa, tan deseable, tan llena de encantos para ojos no ciegos, que advertí, reconocido, que en verdad sí valía la pena de vivirla. Y pensé en Dn. Ramiro—vida que se hallaba ya en la pendiente inexorable, alma que avizoraba ya la sombra del misterio—que muy en breve dejaría de gozar de esa noche; de soñar bajo esos cielos; de contemplar, en un éxtasis beatífico, la naturaleza divina; y una gran piedad sentí por él, al recordar sus palabras, al evocar su gallarda figura de viejo dios pagano, al considerar que yo tenía que llevarle a su último refugio. E instintivamente mis ojos miraron allá, no muy lejos, al llano en donde se erguía solitario el eucalipto gigantesco; y allí lo vieron, en mitad de la pampa, inmensificado por la noche, casi mitológico, negro como si toda la sombra disipada por la luna se hubiera recogido en él. —En verdad, pensé, Dn. Ramiro no ha podido escoger una más bella, una más suntuosa tumba donde reposen para siempre sus huesos, que al

pie de ese coloso—. Y me lo imaginé como a un guardián quimérico custodiando una tumba sagrada.

Me vino el recuerdo de dos ocasiones en las que con más magnificencia se había ofrecido a mis ojos y en las que con más intensidad se había grabado en mi memoria.

Fué en un veranillo de Abril. La naturaleza toda estaba como renovada en un mágico reverdecer y florecer de todas las plantas y el aire aromado era embriagante como un licor. Paseaba yo mirando las faenas agrícolas por un terreno próximo a aquel de Dn. Ramiro, en donde el eucalipto se levantaba airoso, como a cien metros de altura, cuando me llamó la atención una bandada de cuervos que allí cerca manchaban de móviles puntos negros el azul despejado, volando en círculos, descendiendo en espirales, batiendo las oscuras alas al posarse en tierra. Era a poco trecho del árbol y ya habían descendido unos tantos seguramente a comer alguna mortecina, cuando a lo lejos, apuntándose apenas sobre el verde pajizo de la cordillera, asomó un nuevo bulto negro, quizá otro cuervo en retraso, diminuto al principio por la distancia, pero que, poco a poco, conforme se acercaba, iba aumentando de volumen. Ya se le distinguía del tamaño de un cuervo, pero aún se hallaba lejos; ya su sombra, proyectada por el sol mañanero, venía adelante, precediéndole en la ruta celeste y como rozando la tierra; ya mis ojos la seguían curiosos, pero todavía era difusa por bajar desde muy alto. Un momento más de espera, mirando con avidez la altura ignota, acaso un aumento de velocidad imprimido por un ligero batir de los plumados remos, hizo que al fin el soberano del aire se destacara nítido en el cielo profundo, luciendo al sol el eucarístico blancor de su gorguera y ofreciendo en toda su tensión la potente enverjadura de sus alas. Creí que descendería presto a aprovecharse de la presa, pero cuál sería mi asombro, cuando yo que jamás, nunca había visto

a un cóndor posarse en otro sitio que no fuera en los picachos agrestes, en las desnudas rocas volcánicas o en el campo desierto cuando alguna bestia muerta tentaba su voracidad, advertí que, como atraído por la pompa arbórea, como hechizado por la frondosidad sumosa, seguía el vuelo bajando a posar su majestuosa figura heráldica sobre la florecida copa del árbol australiano.

La otra vez fue en una tarde de invierno. Parece que las nubes, atraídas por los árboles, se habían ya acostumbrado a descargar sobre el bosque torrenciales lluvias frecuentes y rara vez pasaban uno o dos días sin que una tempestad, por lo menos de agua ya que no de granizo y de relámpagos, se desencadenara acompañada de viento, haciendo ondular como aguas marítimas aquella inmensa montaña verde. Aún después de que el bosque estaba ya talado, de tiempo en tiempo, sobre la pampa despoblada hacían alto las nubes electrizadas, dardeándola con centellas y granizos.

Había amanecido despejado, con uno de esos cielos de las mañanas de invierno en los que no vaga una sola nube, transparente, diamantino, como sin aire. A poco de haber salido el sol, un gran hocornio comenzó a sentirse en la atmósfera y de la tierra húmeda a brotar un vapor neblinoso que semejaba la humareda de un incendio mal extinto. Grandes grupos de nubes, en forma de montañas, de monstruos, principiaron a asomar por detrás de los últimos cerros visibles como surgiendo del fondo de inmensurables cráteres, y en un pesado avance de molesirse juntando, fundiéndose entre ellos hasta cubrir el azul magnífico y radiante de una compacta masa blanca que se ennegrecía por momentos mientras más se adensaba y conforme más inminente se hallaba el peligro de la descarga. Un fuerte viento de oriente empujaba y dirigía esas montañas plateadas, plumizas, casi negras, localizándolas sobre la planicie escueta en donde el enorme eucalipto parecía rascar con los extremos de sus ramas las crestas como carbonizadas de las nubes.

Detrás de mi ventana, algo nervioso, esperaba yo la tempestad. Presentía que debía ser furibunda, loca, horrible y la curiosidad me retenía allí mirando al cielo amenazante.

De pronto, rasgando el aire, zigzagó un cintajo amarillento que pareció tocar

con su luz la copa del árbol y un trueno estentóreo llenó el espacio que se estremeció vibrante, haciendo trepidar los cristales de mi alcoba. Granizos enormes desde lo alto bajaban, trazando líneas oblicuas debido al viento que los desviaba y que se las percibía distintamente como rayas de tiza en una superficie oscura. Un rumor sordo, de fuerzas ciegas, de elementos desencadenados se propagaba por todos los ámbitos, y los rayos iluminaban con su claridad siniestra el paisaje sombrío. Calan uno tras otro, seguidamente, con dirección al eucalipto, apuntándolo como animados de un infame deseo de matarlo. Parecían acribillarlos semejando inmensas lanzas de fuego arrojadas por un dios maléfico. Y en tanto un viento inmisericorde soplabá furioso sacudiendo las ramas que de un lado a otro se contorsionaban como convulsos brazos de un epiléptico.

Mi emoción era intensa: la visión misma de tan sublime espectáculo había sido suficiente para provocármela; ahora, el temor y la angustia de que tal vez alguno de aquellos rayos hubiera herido ya, y de muerte, al hermoso gigante, casi me la convertían en pena.

Treinta minutos que parecían siglos duraba ya la tormenta. Todas las cosas asomaban como a través de un velo, y en muchas partes el suelo blanqueaba ya de granizo. Y llovía, llovía furiosamente, sin tregua, arreciando cada vez más. En los potreros los animales corrían despaavoridos, de un lado a otro, echando atrás las orejas, buscando el chaparro para guarecerse; los rebaños, ya en los rediles, se apiñaban amedrentados y algunas ovejas escondían las cabezas bajo las barrigas de las otras, defendiéndose. En el jardín, los arbustos quedaban desnudos, sin una flor, sin una hoja, como agostados. Los peones, sobrecogidos de pánico, abandonando sus herramientas en el campo de labranza, venían a refugiarse en los corredores de la hacienda. Las acequias se obstruían y rebosaban; las tapias, humedecidas hasta los cimientos, se venían abajo; y todo empezaba ya a sufrir los estragos de la tempestad formidable. Pero, felizmente, un gran espacio de cielo, barrido ya de nubes, azuleó de pronto clareando el horizonte, y la lluvia poco a poco dejó de azotar el paisaje aterido. Las últimas nubes, empujadas por el viento, fueron a incendiarse en la hoguera del sol ya oculto y la tarde se doró de improviso de un vivo resplandor anaranjado. Enton-

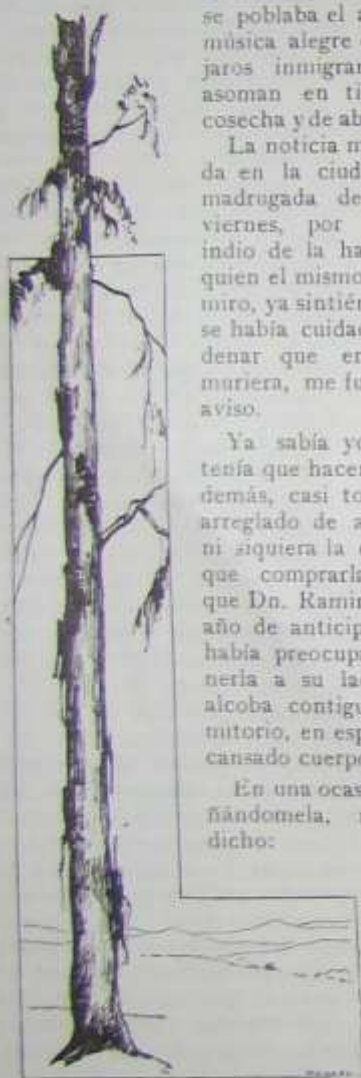
ces mis ojos, llenos de maravilla, contemplaron el más bello cuadro de invierno: sobre la enorme pampa andina, toda cubierta de nieve, que semejaba un inmenso lago congelado, el hermoso árbol triste, el eucalipto solitario, con la corteza desgarrada y desprendiéndose, con los musculosos brazos como congestionados de fuerza, se alzaba incólume, invulnerable, voltejeando sus largas y finas hojas mojadas que el sol enjovaba de destellos con sus postreros besos de luz.

La muerte de Dn. Ramiro acaeció en los primeros días de mayo, cuando comenzaban a amarillar las mieses y se poblaba el aire de la música alegre de los pájaros inmigrantes que asoman en tiempos de cosecha y de abundancia.

La noticia me fué dada en la ciudad, en la madrugada de un día viernes, por un viejo indio de la hacienda, a quien el mismo Dn. Ramiro, ya sintiéndose mal, se había cuidado de ordenar que en cuanto muriera, me fuese a dar aviso.

Ya sabía yo lo que tenía que hacer. Por lo demás, casi todo estaba arreglado de antemano; ni siquiera la caja tenía que comprarla, puesto que Dn. Ramiro, con un año de anticipación, se había preocupado de tenerla a su lado, en la alcoba contigua al dormitorio, en espera de su cansado cuerpo inánime.

En una ocasión, enseñándomela, me había dicho:



El eucalipto solitario, con la corteza desgarrada.....

—Aquí tiene usted, ya lista, la cama para mi último sueño. Acaso no me crea usted, pero sepa que ya la he probado para ver si me venía justa. Y me he tendido en ella, y he cruzado los brazos sobre el pecho, y he cerrado los ojos que se imaginaron sentirse ya invadir de la Gran Sombra.

Así, pues, teniendo ya mi caballo pronto, antes de que saliera el sol, monté.

De cara al Levante, por una carretera accidentada y de poco tráfico, tenía que hacer seis horas de camino hasta la hacienda. Felizmente, el espectáculo de la aurora ofrecería en breve su maravillosa fiesta de luz y ya tendrían mis ojos la infinitud del horizonte despertando bajo la caricia del sol para distraer la monotonía de la jornada.

Cerca de un kilómetro habría andado ya, acostumbrando a mis ojos a mirar entre la sombra, cuando una pálida claridad que irradiaba desde detrás y hacia lo alto de las cumbres indistintas, perfiló de pronto, contra un lácteo cielo lívido el lomo sinuoso de la cordillera lejana. Poco a poco, una luz blanca, tímida, invadía todo el espacio despejándolo de la sombra nocturna; y en la altura las estrellas palidecían, se apagaban. Las cosas iban cobrando sus perfiles netos, sus precisos contornos. De la tiniebla uniforme, igual, densa, que parecía ocultar toda la tierra bajo un mismo manto de obscuridad y de misterio, iba surgiendo, al conjuro de la luz, el vasto mundo del color y de la forma. Me aproximaba a una colina algo elevada que tenía que ascender y yo quise desde allí saludar al nuevo día. Apuré, pues, el paso de mi bayo que pisó impetuoso al sentir la espuela en los ijares y en menos de diez minutos, entre el chispear de los guijarros al chocar con la herradura y el fatigoso resoplar del animal ajitado, coronaba la pelada cima al mismo tiempo que desde la cumbre opuesta el disco luminoso del sol que ascendía en el azul magnífico me bañaba, pródigo, en un dorado resplandor. Los rayos solares semejaban una áurea cascada volcándose sobre la tierra somnolenta. Primero se doraron las altas cumbres madrugadoras; luego tocó la luz la femenina morvidez de las colinas; después inundó la tibia cuenca de los valles hasta que el precioso paisaje serraniego irradió todo como recién creado, fresco del nocturno rocío vivificador.

Una intensa sensación de felicidad me

dilató entonces los pulmones, haciéndome aspirar con deleite una onda de aquel aire templado ya por el beso del sol tierno, y el placer de sentirme joven y fuerte y de tener ante mí suficiente vida aún para poder gozar en la contemplación de maravillas como esa, impulsó mi corazón que palpitó como en el pecho de los héroes homéricos.

Pero de súbito me asaltó el recuerdo del cadáver de Dn. Ramiro, que allá, a pocas horas apenas, estaría acaso descomponiéndose, y, mientras reanudaba la marcha, me reproché mi olvido, pensando que así con iguales sollicitaciones nos hace olvidar la vida a nuestros muertos. Y al considerar lo que es y significa la muerte; al valorizar todo cuanto destruye y extermina; al apreciar los sueños que desvanece, las esperanzas que siega, las energías que agota, todo el amor — fuente de vida — que aniquila y extingue, un inmenso desconsuelo me invadió, produciendo una súbita quiebra en mi ánimo, haciendo vacilar mi entereza, comunicándome un oscuro y vago temor. Pensé, con tristeza, que la vida se hallaba a cada paso asediada por miles de gérmenes mortíferos que infatigablemente luchan por vencer, y que ni la juventud con ser robusta y fuerte era un escudo lo bastante resistente para parar el golpe destructor. Y luego consideré también, con espanto, mientras galopaba perdido en el silencio de aquel camino solitario, que allí mismo, por el borde cortado a pico de la senda, sobre el abismo que a mi lado se abría turbando mis miradas, invisible me acompañaba la muerte, atenta al azar de los acontecimientos: un fatal tropezón incontestable del caballo que en grupo trágico me precipite en la honda sima; una piedra desprendida de la inconsistente peña que me despedace el cráneo, para acogerme, vencedora, entre sus brazos. Un calofío agudo me recorrió la piel, una indecible angustia me oprimió el pecho y la muerte me pareció un fenómeno horrible, sin sentido.

Las diez serían cuando llegué. Uno que otro peón, el huasicama, la servicia, sentados en los poyos de ladrillo a manera de bancas, conversaban aparentando un aire contristado. Del oratorio, al oír el tropel de mi caballo, salió presuroso, aullando con tono lastimero, como queriendo darme a entender la triste nueva, el viejo "Pretor", y por sus oscuros y llorosos ojos inteligentes una sombra pare-

cía vagar como una pena. Mirándome, se movía inquieto con dirección al oratorio, como indicándome. Le acaricié la cabeza, el lomo con mano enternecida; y pensé, sin decirle: Pobre amigo, acaso seas tú el único de entre todos aquellos seres que vivieron del pan de Dn. Ramiro, que siente agitarse en lo más íntimo del pecho un leal y profundo dolor por la desaparición del amo.

El oratorio se hallaba en un extremo del corredor, mirando hacia el jardín por dos anchas ventanas achatadas. Estaba abierto y en la mitad se veía, sobre dos mesas unidas a cuyos lados flameaban cuatro gruesos cirios ennegrecidos por el humo, el cadáver de Dn. Ramiro, que, cubierto con una sábana, ofrecía un desolado aspecto de abandono.

Entré y acercándome le descubrí el rostro. Estaba hermoso en la grave serenidad de la muerte y el albo cabello crecido le circundaba como una diadema de plata la bella cabeza sesgada. Las facciones, magras, habían adquirido una transparente palidez cerúlea y se perfilaban como afinadas por un largo y acerbo sufrimiento. Ordené que trajeran la caja; hice cortar muchas flores, todas las flores del jardín con tanto amor cultivadas por sus manos; las deshojé en el fondo formando un muelle colchón de pétalos fragantes, y le acostamos en actitud supina, con los brazos cruzados sobre el pecho. Hice caer sobre él una copiosa lluvia de violetas que le cubrió hasta la barba como un manto mortuario, y antes de cerrar la caja, como un adiós al austero anciano misántropo, sobre su pálida frente envjecida deposité un respetuoso beso de paz. Miguel, el viejo indio mayoral, quiso también tocar la nieve de esa frente con labios cariñosos y después de pedirme permiso, de rodillas en el suelo fué inclinándose poco a poco, lleno de veneración, su cabeza también blanca hasta rozar la frente yerta. Al levantarse, de sus pequeños ojos sombríos rodaron dos lágrimas, sinceras al parecer.

Llamado todo el peonaje, se designó a cuatro indios jóvenes de los de talla más alta para que condujeran el féretro, que, ya cerrado fué levantado en hombros para luego encaminarnos, silenciosos, hacia la pampa inmensa que reverberaba bajo el sol y en donde el árbol gigantesco en un amplio contorno regaba su sombra amparadora.

Toda la vegetación silvestre había flo-

recido de una manera asombrosa en esa dulce primavera de la Virgen y el campo se ofrecía multicoloro y llamativo, igual que una rica y fantástica tela japonesa. La luz, una luz viva, centelleante, que parecía fulgurar en cada átomo del aire perfumado, llenaba de una alegría insólita el remozado haz de la tierra. Y nada era más triste, en medio de aquel júbilo de la naturaleza que distraía todos los ánimos, que aquel cadáver —despojo miserable, restos inútiles de lo que fue acción y pensamiento— por el cual no sonaba un sollozo, no brotaba una lágrima.

El eucalipto, en un prodigioso brotar de sus flores que a manera de pequeñas brochas blancas habían como encanecido su copa formidable, surgió sobre la llanura como puesto de gala para una fiesta. Lucientes sus hojas, igual que barnizadas, al moverse con la brisa quebraban la luz despidiendo luminosos reflejos acerados. A su pie, no muy cerca del tronco para evitar que se lastimaran las raíces, se removió la tierra, se cavó hondo, como para depositar una simiente fabulosa hasta abrir un espacioso hoyo rectangular para

la humilde tumba; luego, bajados ahí dentro cuatro indios lo recibieron al ataúd que poco a poco fué depositado sobre el húmedo suelo. Quise yo echar la primera palada de tierra y escogiendo en el montón removido aquella que puerilmente juzgué menos pesada, rocié con ella en todo el largo de la sepultura.

Impasible y magnífico, imponente en su inmensidad, el hermoso árbol solitario para quien se iba a consumir bajo tierra en ofrenda de amor el magnánimo corazón de Don Ramiro, al acoger al amparo de su sombra el cadáver del anciano, cobró de pronto el grave aspecto fúnebre de severo guardián de una tumba patricia.

Y ante la muerte, allí presente, que todo lo destruye y lo aniquila; ante el temor de mañana no ser lo que somos: doliente barro efímero, el refulgente sol de aquel mediodía de Mayo, al acelerar con su beso el ritmo de mi corazón abortivo, despertó también, dentro de él, secretamente, un más loco y desesperado afán de vida.

Noctuidad de 1925.

DJENANA

Fragmentos de mi Diario

FENDIDA, casi inerte, con la indiferencia de los que sienten la vida como un motivo vago e incoloro, miro pasar los días enojados y cansinos, en su tedioso hastío.

Frente a frente a mi lecho y a través de la entretejada ventana, —que hace parecer aún más pequeña la estancia en que agoniza prisionera mi vida—, unos helechos marchitos y amarillentos se balancean con la brisa mañanera leve y helada como manos sarmantosas que me dijeran adiós.

La alta muralla de la construcción contigua me oculta el cielo. Yo quisiera ver el cielo. Es un inocente antojo de enferma. Se me figura que el cielo ya no es como lo veía cuando a tu lado recorríamos los senderos, mirando huir las nubes blancas como vellones de corderos pascuales. Creo

que desde que estoy aquí encerrada el cielo está oscuro y plomizo, porque el sol nunca viene a visitarme saltando como un amante por el marco de la ventana.

Se van las horas como se va mi vida. Me quedo meditando en la inutilidad de las cosas mundanas, en las mentiras engañosas y cordiales que un día hicieron un miraje a mi porvenir trunco.

Oigo a los vecinos quejarse de sus dolores y agonizar lentamente. Conozco sus voces trémulas que se lamentan en todo momento. Ignoro sus rostros, pero los siento ligados a mí por una fraternidad dolorida.

Un extranjero, un inglés, clama por hacer menos sensible su clausura. Está convalesciente. Quiere a más de los lenitivos del dolor, alimento espiritual. Lo comprendo y su ansiedad me apena. No sé como



DJENANA

Visita actualmente la Capital esta dulce cantora de ANANKE
 y nos ha cedido para AMÉRICA esta hermosa página de un diario íntimo.

ANSIEDAD SECRETA

Te sorprendí en la vida, Isén, como a ninguna.
En el éxtasis lírico que besa tu beldad.
Te escondías tras el ansia de Belleza y Verdad.
Como un astro en la noche desoladora y bruna.

Deja caer tus rosas divinas, una a una.
Cábreme con la gracia de tu diáfanaidad.
Mi alma te ha soñado, desde la Eternidad.
Deshojando quimeras de luz como la Luna.

Se ha dormido en mi pena la carcajada loca.
Y está despierta una romántica tristeza.
Siento el ansia callarla de la forma en la roca.
Que, como sueño alado, llevando una sorpresa.
Vuela en la luz del verso a posarse en tu boca:
Cierra tus grandes ojos y verás que te besa.

Palmón Estilfa

Quito

demostrarle que a través del tabique que nos separa he comprendido el espanto de su soledad.

Le envió con las «*enfermeras*» las *HISTORIAS EXTRAORDINARIAS*, de Poe. Quizá no pueda interpretar el altísimo espíritu del glorioso horriacho; pero... "Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia", dijo Rodó. Yo hago lo que puedo y eso me tranquiliza plenamente....

Todos duermen. En derredor, todo es sombra. Sólo yo velo. Tiendo mis manos ávidas fuera del lecho y tomo un libro al azar. Todos son mis amigos. Todos me consuelan en mis horas de vacilación.

Leer.—Comprender la vida a través del arte. Sentirse reencarnada en los protagonistas de una historia sentimental. Sentirnos acompañados por seres invisibles que viven y cruzan por las páginas, dejando su dolor o su placer como una estela espiritual, es dulcemente humano.

Meditar.—Las manos en cruz sobre la página favorita y los ojos perdidos en lejanías irreales, bajo la luz atenuada de la pantalla familiar o en la hora vespertina, hundir las pupilas en el cielo como en un Loteo de olvido....

Cuántas veces me he sentido abandonada. Pero he reaccionado al mirar a mis dóciles compañeros que desde la penumbra me incitaban a dejarse comprender y amar. Al alcance de mis manos, mis libros favoritos me consolaban en la deserción de

tanta mentira banal, de tanto ensoñamiento culpable. Me he nundido en ellos como en un baño de purificación y de paz. Y me he consolado con sus verdades y con sus mentiras. (Casi siempre las mentiras son las que consuelan más.)

Esta noche, allá arriba, espiraba un hombre. Yo lo oía delirar. Hablaba, reía, lloraba. Llamaba a su esposa y a su hijo. Todos estaban ausentes. Pero mi alma lo envolvía en raudales de piadosa ternura. Y rezaba contrita: ¡Dios mío, haced que muera pronto!.... Un largo lamento escalofriante, un sordo estertor; y luego, el solemne silencio de las grandes catástrofes.... Pensé: ¡Dios me ha escuchado! A la madrugada bajaron el féretro por el largo pasillo. Largas siluetas se perfilaron a través del biombo que cubre la puerta. Pasaron quedamente. Una calma inaudita me poseyó instantáneamente. Algo como un secreto motivo de egoísta envidia por ese nuevo triunfo de la paz definitiva. Me hubieta cambiado con el cadáver que llevaban en hombros. Con el que solitariamente, en una oscura noche, se había ido de la vida, de la vida dura, torturante y cruel, hacia la que todos se aferran.

Estaba en un error al pedir que agonizara rápidamente? No era evitarle la crueldad postrema?

Dios mío, haced que cuando yo expire labios piadosos, en tierna oración, murmuraren la plegaria: ¡Haced que muera pronto!

Hernán Pallares Zaldumbide

Cuentos de la Heredad

EL PASEO

A la Señora Doña

Lola Aguilera de León.

Devotamente os ofrezco, Señora, estos cuadros. Entre sus contornos borrosos reconoceréis, acaso, algún sitio que os es predilecto; y mal aprisionado en la malla floja de mi prosa, veréis un desvelo, una leve irradiación del profundo y vasto amor a la tierra.

Para que sean dignos de vos, habría sido preciso impregnar la frase de un continuo temblor de belleza, de la más penetrante esencia poética. Pero la buena voluntad no basta. Y os pido que extendáis sobre ellos el velo de vuestra indulgencia y les prestéis, para animarlos, un poco de la luz de vuestra simpatía.

H. P. Z.

MARIA del Carmen apareció con su vestido de montar, más esbelta y delgada bajo el saco entallado y la falda larga.

—Estamos listos?, me dijo, jovial, sonriente, con el ánimo ligero.

—Como tú mandes. Pero mira que mi caballo no podrá seguir a tu yegua castaña. Amaestrada por tí debe ser un corzo, una saeta.

—Depende del jinete. Con un poco de es-

fuerzo no quedarás muy distanciado. Supongo que no habrás olvidado de montar.

—Probaremos.

El animal de María del Carmen tenía abo-lengo ilustre; por sus venas corría sangre árabe y sangre inglesa. Esbelta de ijares, ancha de ancas, revelaba en todo su fuerza poderosa. El sol le hacía relucir en cambiantes reflejos, elevando hasta el oro el tinte castaño.

María del Carmen acarició con el puño de su fusta la crin negra, el cuello enarcado y fino y luego hizo restallar la rienda en el aire.

—Es para que se prevenga, dijo.

En efecto, el animal puso en tensión los nervios. Bajo la piel resaltaron las venas, se hincharon los músculos y destellaron los ojos reflejos acerados. Violenta ya, púsose a girar en torno del muchacho que le retenía.

Acercóse María del Carmen, tomó las bridas y apoyando un pie en la palma de mi mano, saltó al regazo de la silla.

El bruto, fustigado sin motivo, partió sonoro.

Yo, atrás, le seguía.

Con el ímpetu de la loca carrera, creí que la castaña iba a estrellarse contra el vallado del camino, pero al punto que el animal acaso medía el salto con que hubiera tentado salvar el obstáculo, María del Carmen recogió súbitamente las riendas, parando en seco, al tiempo que echaba hacia atrás el cuerpo para neutralizar el sacudón que le hubiera sacado de la silla.

Moderamos el paso. La carrera púsole muy nerviosa a la jaca. Llevaba el ojo atento al menor movimiento de la amazona y la oreja pronta al menor ruido. Y así, bastábale a María del Carmen aflojar leve-



Parando en seco, al tiempo que echaba hacia atrás el cuerpo....

mente las riendas tensas para reanudar la carrera.

Poco a poco los animales tomaron un paso igual, un trote acompasado. La ancha vía ondulaba a veces en amplios giros al abrazar un flanco de colina o se extendía en rectas que parecían morir en el horizonte.

El movimiento del caballo despertó en María del Carmen cierta locuacidad, no sé qué ímpetu lírico.

Hablaba, hablaba, aguijoneada la sensibilidad, despierta a mil seducciones diversas, recientes o lejanas.

Recordaba otros paseos:

—Por esta misma vía y a esta misma hora, íbamos cierta vez, a las fuentes termales. Entonces estuvimos más locos que ahora. La carrera no tuvo fin sino cuando llegamos a las fuentes mismas, cuando una pared nos interceptó el camino.

—Recordas el paso por el pueblo? No pude contener la yegua que ganó de un salto el pretil de la iglesia y entró por un pasillo embaldosado hasta la huerta del convento. En ese instante, la anciana madre del cura alcanzaba unas naranjas de un arbusto cargado de frutos. Quedó muda de estupor por mi súbita aparición. Hube de calmarla, explicándole que el animal estaba ya sosegado. Pero mis razones no la convencían.

—Desmonte, desmonte, por el amor de Dios, que corre usted un gran peligro, un gran peligro. . . .

En verdad que corría, pero yo no hice caso por el placer que me causaba. Oh, sentir que, en el vértigo de la velocidad, una ráfaga de viento nos azota la cara y saber que la presión de las manos sobre las riendas debe ser tan precisa que haga parar el animal que ya se estrella contra el obstáculo que surge inesperado!

Y fastigó al bruto que volvió a dispararse en una carrera loca.

A pesar de que sabía de la destreza de María del Carmen, no dejaban de ponerme nervioso estos súbitos atraques. Un guijarro en el que tropezara el caballo, la mano que no le retuviera a tiempo, un incidente cualquiera, en fin. . . .

Pero María del Carmen, ebria de velocidad, con el cuerpo hacia adelante y una mano asida a la grupa, lanzó el animal fuera de la ruta, a campo traviesa, librando las zancas y acroquis que se interponían a su paso.

Luego de esta fogá, volvimos a entrar en caudino. Moderado el paso, conversábamos:

—Aunque el azar de la suerte, le dije, te lleve lejos de aquí, fuera de estos lugares, volverás siempre a ellos; toda tú, tu ser más profundo, gravita hacia este girón de tierra

como las plantas al suelo. Encontrarás, bajo otros cielos, más bellos paisajes, seculares civilizaciones que, poco a poco, han modificado la naturaleza hasta volverla una obra de arte, hasta transformarla y deformarla por virtud de la obra del hombre que quiere plegar las cosas a su sueño de belleza. Pero los hilos que se tienden desde la tierra hasta tu corazón, habrán de faltarte en todas partes que no sean estos sitios. Entre tí y los árboles de tu jardín y las baldosas de tu casa, hay una hermandad oscura, algo fraterno que no encontrarás en otra parte.

—Y el fastidio, la monotonía?

—El fastidio de los días iguales que se marca con el lento ritmo que va de la mañana a la noche, se cambia con el fastidio de los días vertiginosos. Los unos valen tanto como los otros. El fastidio no viene de lo exterior, de la vida que hacemos, lo llevamos dentro, fatalmente.

—Tienes razón, lo llevamos dentro, fatalmente. Y también tienes razón en ver aquellos hilos oscuros que me atan a esta tierra. Muchas veces, al alejarme de aquí, en una ausencia precaria, con la convicción de que he de regresar cuando me plazca, cuando quiera, me lleno de una turbación extraña. Voces contradictorias están diciéndome: Partiré? No partiré? Y luchó con el vaivén de la indecisión que al romperse en cualquier sentido, me deja un rastro de tristeza. Siempre he envidiado aquel género de tipos migratorios, cosmopolitas, que aman todas las tierras y les seducen todos los cielos.

—Sí, pero aun ellos, le observé, en los remansos de la andanza, cuando eligen un sitio para colocar la felicidad, para soñar con el paraíso que perdimos, pero que lo buscamos siempre, se acuerdan de un girón de tierra, de un retazo de cielo. . . .

—Siempre la felicidad en donde uno no está? No es cierto? Los arraigados en la heredad, soñando en cielos diversos; los errantes, en el retorno a la tierra nativa.

—La felicidad, le repliqué entonces,—mientras el viento parecía arrebatarme las palabras de los labios—, está en ser joven como tú; en correr bebiendo sol y bebiendo aire, sin más objeto que correr porque así nos lo pide nuestra juventud; en desear, en desear infinitamente hasta estrellarnos con la vejez, hasta. . .

María del Carmen volvió a arrebatarme el animal y me dejó a distancia.

Yo iba soltando al viento podazos de diálogo que era como un solloquio.

—Desear, desear infinitamente; y que el deseo de ahora engendre el de mañana. La felicidad que nos inmoviliza en la satisfacción no es felicidad".

Y callé para seguir en mi interior el eterno soliloquio vano.

María del Carmen vino a sacarme de la abstracción, mostrándome un desvío e invitándome a seguirle.

—Quiéres que vayamos por aquí?

—Ya sabes que estás de *cicerone*. Tú conoces estas rutas mejor que yo y habrás de descubrirme su secreto encanto.

—Bueno, sígueme.

Era una especie de calleja, profunda, cavada en el suelo y con cuya tierra desplazada habíase hecho los cercos que la guardaban y que, al mismo tiempo, protegían parcelas de sembrados. En el corazón de la hacienda, en la parte del valle más fértil, tenían algunos indios los lotes de usufructo, "huasipungos". Divididos unos de otros por cercas vivas de peneco, estas callejas profundas formaban intrincadas sendas.

Aventurarse por ellas era perderse seguramente, pero guardaban deliciosas sorpresas. Umbrosas bajo la sombra de algunos *guabos*, y a veces lúgubres, al descender a una quebradilla. Derrepente, desembocábamos en una colina, montículo redondo que parecía artificial como aquellos que en los parques quieren simular agrestes montañuelas.

Le divertía a María del Carmen lo accidentado de la ruta. Ibamos a ratos embargados en alguna conversación que interrumpía la lucha que teníamos que librar con la ramazón de los setos. A veces, —para salvar una piedra, una pared creada intencionadamente para interceptar el paso de los animales—, parábamos hasta que los caballos tomaran conciencia y luego los ajajábamos para que salvaran el obstáculo de un salto.

La floración de los maizales, densa, prometedora de una colmada cosecha, difundía su penetrante olor. Estaban en el bello tiempo juvenil de anchas hojas de un verde oscuro. Después de este cielo de belleza, estas plantas tienen una vejez fea, casi humana: se secan las cañas como se vuelven sarmentosas las manos de las gentes que empiezan a inclinarse al sepulcro. Los maizales maduros no tienen la belleza de las ondas de oro en que se mecen los triguales.

Por un maízal de esbeltas cañas que terminaban en penachos floridos, desembocamos en un pequeño patio en cuyo centro se elevaba una casa pajiza, en forma de cono. Un volar de aves asustadas despertó a los perros guardianes que se pusieron a ladrar desesperados. Una *longa*, ajustada en su falda obscura —el *muaco*—, y echada a la espalda una immaculada manteleta, salió a nuestro encuentro.

—En qué lindo sitio vives, Juan María!

—Sí, niña.

—Qué bueno está tu maíz!

—Sí, niña.

Y a toda pregunta siguió contestando de la misma manera, sin salir de sus dos palabras.

—Por qué está cortada tu tierra, por esa franja baldía?

A esta sí, en un castellano bárbaro, inteligible tan sólo para los que estaban acostumbrados a escucharlo, interpuso ante María del Carmen una queja.

—No, no, de ninguna manera, contestó ella. No será aunque él lo diga. Recupera tu tierra perdida, trabajala como si fuera tuya.

E irrumpió la *longa* en agradecimientos: "Dios te lo pague, mi ama, Dios te lo pague".

Yo no entendía.

—De qué te agradece?

—De que he vuelto a restituírle lo que la rapacidad feroz del mayordomo quiere arrebatárle. Con pretexto de que la parcela es demasiado grande en relación a los servicios que presta, la ha reducido, aprovechándola para sí.

María del Carmen ejercitaba, cada vez que podía, la magnificente dádiva a sus indios. Y ellos la veían como una especie de custodia de su caro, carísimo amor a la tierra. Sin que fuera de ellos, María del Carmen hacía lo como si lo fuera.

—Lo hago, me decía, no sólo por generosidad, porque ellos tengan mayor provecho, sino por no arrebatárles el sentimiento de propiedad. Más que las plantas, estos pobres seres han menester de arrogarse en la tierra. Es el hilo oscuro de que tú hablas.

Juana María nos brindó con *chicha*. El licor amarillo, servido en rústicos azafates, hechos de cortezas de calabazas, relucía al sol con tonos de oro. El vivo calor hizo que apuráramos un poco, pero la acidez mordicante no nos permitió gozar de su frescura.

Echamos de nuevo a andar, camino del regreso.

Mediaba el día. El sol en su plenitud lanzaba sus más ardientes dardos, en más loca luz. Y en el campo sin sombras, sin contrastes, parecían las cosas talladas; emergían netas, límpidas, como en un inmenso alto relieve.

Los animales venían moderados por la fatiga y nuestros nervios distendidos por el ejercicio físico. Cuando apareció la casa entre las frondas y el rielar del agua, nos incorporamos en las sillas y volvimos a poner los caballos al galope. Era la promesa de llegar, de volver —golondrinas locas de azul—, a descansar bajo el alero.

Desmontamos. Al atravesar el patio, un blanco vuelo de palomas saludó a María del



Cortesía de CLARIDAD

Sra. Lña. Raquel Montes de Gruchaga

DAMA COLLERA

Carmen. Bajaron de los techados, se vinieron de los árboles a posarse en nuestros hombros e interceptarnos el paso. Era la hora en que les daban la diaria ración de grano. Familiares, insistentes, urgían con su vuelo a ras de tierra, rozándose a veces las cabezas.

Aprisioné una entre las manos. Sentí el batir acelerado de la sangre, el palpitar del corazón. La retuve un momento y, al soltarla, se alejó en un bello vuelo ascendente hasta la copa de un árbol.

Pero acuchando un halcón había estado por allí, punto negro en el azul radioso. De la suprema altura en que parecía suspendido,

inmóvil, bajó como un dardo certero, alineó las garras en el blando y blanco pecho, cayó casi hasta el suelo, como si se abatiera inerte por virtud de la gravedad, y luego volvió a levantarse en un vuelo triunfal.

Nos quedamos atónitos, mirando el hurto.

—Se la llevaron, dijo por fin, María del Carmen, se la llevaron, y con los ojos relucientes al sol y más expresivos en el esfuerzo que los fijaba, siguió por un momento en el azul radioso, al pájaro magnífico y cruel.

—Pobrecita, dijo.

Yo pensé en el incontrarrestable derecho de todas las garras.

Alfredo Martínez

PROSAS

El Jordán Interior

EXISTE en nosotros un río misterioso que cruza las regiones incognoscibles del espíritu. Río insondable... Nace en el corazón del hombre y termina en el océano de la eternidad. Río de aguas bravías, río de aguas de piedad, río de aguas purificadoras.

Cuando sus linfas se agitan espumosas y lanzan rugidos de furor, el cuerpo se estremece, el corazón palpita fuertemente, el semblante palidece y el alma titila en las pupilas amedrentadas como una llanita que teme apagarse.

Cuando sus linfas argentinas corren apacibles, himnolugando cánticos de paz, el cuerpo es la serenidad; el corazón, un venero de amor inefable; los ojos se abrazan en fuego de primaveras, y el alma es un vino misterioso que se derrama en nuestro ser y nos embriaga de felicidad.

Y cuando sus linfas doradas por una luz extraterrestre forman millares de labios, para besar al espíritu que se baña en sus riberas encantadas, el cuerpo es el gran fruto de la vida; el corazón, un incensario del templo de las Gracias; las pupilas son espejos donde se mira Dios, embelesado, y el alma es un hada de luz, que ansía dejar su cárcel de barro para ir a matizar sus alas en los regios lumináres de los astros.

¡Oh, Jordán milagroso! Jordán que purificas, Jordán que divinizas... El hombre que se baña en tus aguas milagrosas, lava su corazón con la lumbre de Febo, dulcifica su espíritu con la música de los espáctos, diviniza su estirpe con la sangre del Soñador de Galilea.

Alma que te bañas en el Jordán de la vida, bendita seas.

La Última Campanada

Doce campanadas, doce golondrinas lanzadas al espacio...

Viejo reloj, patriarca sempiterno, tu voz que se riega en el alma de la ciudad, como ríos de música monótona e inquietante, dime si es eco de alguna tempestad que tus entrañas sostienen impertérritas.

El tiempo te martiriza tal vez? O te complaces tú en herir con tu voz el corazón del tiempo? Qué esperas? En qué sueñas? Crees que alguna mano poderosa te arran-

cará de la vieja torre de piedras empedregadas para llevarte al cielo que te embelesas?...

Viejo reloj, preso milinario de la vida, has adivinado ya la región misteriosa donde huyeron tus golondrinas en pos de un alero de paz?

Cuéntame tus secretos, lengua de bronce. Mi alma ansía escuchar, igual que tú, la última campanada en mi reloj interior. El misterio y la eternidad le atraen poderosamente...

Doce campanadas en el reloj de mi alma, doce palomas níveas lanzadas a buscar, tras el diluvio de las pasiones, la verde oliva del sosiego.

Hermano de pupila extática y resignada, cómo anhelo fundir mi alma, en la última campanada, en un ave de luz y armonía hasta llegar a la región de primaveras eternas, donde el alma debe ser un niño que pasa jugando con estrellas y bañándose en un chorro de luz de ignorados planetas.

Sueño de Rocío

Al huir la noche herida por las saetas argentinas del día, dejó rodar de sus ojos sombríos una gélida lágrima sobre la blanca y perfumada carne de un lirio. Vinieron las auroras, bañadas en lucos rosáceos y violeta, y la gota de rocío, que se estremecía con el céfiro matinal, se creyó grande y poderosa al copiar en su seno diminuto la belleza de las cumbres. Llegó el sol, y al abrazar a la tierra con su mirada de lumbre, la gota de rocío sintióse más dichosa. ¡Qué misterio guardaba su seno diamantino! ¡Cómo podía contener la imagen radiosa de Febo en su entraña diminuta y leve!... Y la pequeña gota de rocío comenzó a fofear quimeras inconcebibles. Soñaba que el astro rey era el alcázar de su gloria y que él era un mago que podía hacer de un rayo del sol una gondola para bogar en el océano luminoso del cielo... Pobre gota de rocío! Su mente febril deliraba cosas imposibles.

Pasaron raudos los minutos y su cuerpo leve no alcanzó a saciar la sed de un rayo del sol...

El sueño del rocío es el sueño de las almas burguesas y pequeñas.

Almas cándidas y absurdas, que sueñas en

poderos y grandezas, vuestro espíritu tenebroso no es ni una voluta de humo en el espacio; vuestro cuerpo anómalo no es más que un punto inseguro en la faz de la tierra....

Almas que os agotáis en la noche, yo os compeñezco!

Sed de los yermos, sed de la carne...

¡Qué planta destructora y maldita pasó por este yermo desconsolidado! Tal vez el alma de Atila vaga en este erial abandonado y triste!

Yermo silbando, que imploráis como condenado una gota de agua a la pupila azul e indiferente de los cielos, tu dolor es mío; mío, porque cuando miro la desazón de tu cuerpo, llega hasta mi pecho el neblar de tus cuitas, el ardor de tus entrañas infecundas. Ah! Cuando pienso en ti, mi piedad y mi pesar se desbordan en mi interior como agua cristina que quiéiera ofrecerse a tu seno ardoroso.

¿Por qué tu dolor es mi dolor? ¿Por qué tu sed es mi sed? Ah! Mi cuerpo fue un día arena seca y estéril, un infante quizá de tu polvaz pero un día de gloria, un hombre extraño y hermoso, salido de los abismos o habido de lo alto, de lengua barba de plata y de pupilas abrazadoras, modeló con sus manos de licio el vaso de mi cuerpo y en él vertió el agua lustrada y vivificante de su bondad infinita... Y mi sed quedó aplacada.

Hermano adolorido, esperad, esperad. Ya llegará el hombre de pupilas radiosas y manos de bondad, y él te dará formas nuevas y bellas y tu sed quedará satisfecha en la fontana milagrosa de la vida.

Yo sé que todo cuanto existe en la tierra guarda un germen que un día será fruto para el banquete de los hombres.

Copa del Infinito

El infinito es una copa llena de lumbre.

Copa aborrida de regias pedrerías, qué licor ofreces a las almas que ponen sus labios temblorosos en el borde de tu cristal etéreo, y absorben, como absorber el infinito, una gota de tu vino, de tu vino que torna el corazón en una rosa de luz, cuyo perfume es el hábita de un paraíso encantado?

Copa de zafiro y topacio, qué virtud encierra tu diáfano seno, que el hombre, empapado en tu lumbre, se agita en la faz absorta de la orbe, y con su músculo férreo, y con su cerebro portentoso, y con su alma hecho asenas está forjando un pedestal de gloria y grandezas?

Cuando tu áureo licor se desborda en cataratas sublimes, cómo se estremece la tierra. Tu divino licor, que se filtra en sus entrañas de hembra fecunda, es pan, es flor, es miel, es amor, es dolor, es ventura...

Copa luminosa de los cielos, donde vierten los dioses la sangre dorada de sus almas eternas, cómo quisiera, cuando el sol se complace nadar en tu seno, alcanzar el misterio de tu gloria... Oh, por decifrar lo arcano dejada en ti mi alma como una estrellita encantada.

Copa del infinito, dame a beber tu luz:

Una Melodía Eterna

Una melodía extraña llegó hasta mi corazón.

¡Quién tocaba el piano!...

Oh, chiquilla espiritual que te complaces en regalar tu alma al viejo clavicordio. Esta mañana que tú entonces un aria romántico y triste, llegó hasta mí una melodía con la pureza y la dulzura de tu corazón. Esa melodía era una partícula de tu alma soñadora...

Niña, si vuelves a poner tu alma en el teclado de marfil, vas a quedarte sin ella. Y si lo haces, yo cuidaré de aprisionarte en la cárcel de mi pecho.

Oh, qué bello sería que tú vivas en mí y yo en ti y ser ambos, en el arpa del Universo, una melodía que no se extinga nunca, jamás!

Mendigo

Alma: Háblame la frase pura y armoniosa; aquella frase que es música en el oído y néctar en el corazón.

Peregrino en la senda luenga del destino, gusto escanciar mi sed en los labios de las almas sinceras; en los labios que son venenos de piedad y dulzura.

Alma: Dame tu corazón amante y noble; tu corazón que es un pequeño universo, cuyo seno guarda, como una estrella, el amor y la virtud. El amor es un paraíso y la virtud su gloria.

Mendigo en la áurea sombra de la vida, gusto saborear el dulce y blando pan del corazón; ese pan-corazón que es alimento del espíritu.

Alma: Cuando mis ojos se posen en tus ojos, no me niegues tu mirada. Oh, si supieras el placer eterno que experimenta mi espíritu al empaparse en la luz argéntea de tus pupilas... Cuando yo escuche silencioso caer en el cauce de mi pecho el raudal de tus palabras nobles, pensad que estoy llenando el vaso de mi corazón con el agua cantarina y lastral de tu lengua armoniosa. ¡Oh, si alcanzaras mi sed!...

Alma: No me niegues el dulce pan de tu pecho y la inefable linfa de tu ánima. Mendigo sin pan, mendigo sin agua, no puede existir...

Quita, MCMXXVI

Teatro Nacional

Con la Srta. MARINA MONCAYO G.

No es a la vida, sino al espectador,
a quien refleja realmente el Arte.

Oscar WILDE

MORÍA la tarde con los tibios besos de una brisa sutil; y un sol de ocaso, gualda, como un gran disco de oro y fuego, tostaba en las colinas lejanas la hierba reseca de los veranos. Y la arboleda susurraba, en su continuo vaivén de copas verdes, la canción de los vésperos, que sabe de las nostalgias de los caminos cuando, atardecido ya, alguien quiere descansar bajo sus ramas expansivas. ¡Oh, el encanto del atardecer!

— Quiere usted, Marina, contarnos algo de su arte, de su precioso arte teatral?

— No, dice ella, no vale la pena...

— Por lo mismo, la interrumpo, en lo que no vale la pena de ser contado, así como para una revelación, bien puede que exista un motivo de belleza para amenizar este paseo.

Marinita se pone triste al hablar de teatro. Y es claro: el teatro, entre nosotros, ha sido planta exótica que difícilmente podía aclimatarse en nuestra ciudad; tan bella, tan romántica y tan llena de prejuicios. En una mirada me está revelando esta delicada artista todos sus sentimientos. Cómo fue ella al teatro? Por qué fue? ¡Bah! Son preguntas que no tienen razón de ser. Por qué canta el ruiseñor? Por qué deleita con sus trinos la alondra mañanera?

Prescindamos, pues, de los cumplidos obligados en un *entrevista*. Ahora estamos de paseo, la tarde se está muriendo, la brisa nos acaricia con tibios besos de ocasos; y a lo lejos, donde parece que el camino se bifurca hacia dos horizontes opuestos, el caramillo de un campesino ha roto la dulzura del atardecer silencioso y de paz, para quejarse en la flébil escala del yaraví.

— Y yo insisto en que usted me hable de su arte, Marinita. El público, que ha podido apreciar su trabajo, ha demostrado su admiración aplaudiéndola, aplaudiéndola



Srta. Marina Moncayo G.

Primer Actriz de la Compañía Nacional de Dramas y Comedias.

siempre que usted aparece en escena. La prensa también ha tenido frases de aliento para usted y para los demás artistas de la Compañía Nacional. El triunfo les ha sonreído, y así se explica el interés que han despertado en muchos corrillos cuando tan bien se comenta la actuación de la Compañía en el escenario de nuestro viejo Teatro Sucre. Vivimos, sino lejos de la civiliza-

ción, a muchos cientos de metros sobre el nivel del mar; y por precioso que nos parezca este rincón andino, la élite del Arte Dramático pasa muchas veces cerca de nuestras playas tropicales, haciéndoles mohines a la ciudad que debe parecerles el infierno, desde que la línea ecuatorial cruza por sus cercanías. Y el sol del Ecuador quema y asesina... Conque, díganle usted si no debemos agradecerles por el afán en darnos periódicas funciones de alta comedia, de arte puro y noble. Están ustedes fomentando la afición al teatro. Y es posible que a ese como llamamiento que han hecho para despertarnos del letargo intelectual en que nos hallamos sumidos, corresponda la juventud con obras de verdadero criollismo, que temas sobre costumbres, dentro de la vida ciudadana y en el palpitante mismo de la vida callejera y bohemia, hay de sobra...

Camuflamos en silencio unos cuantos pasos, acaso recogiendo en el aroma del aire, que llega de besar las mieses y las espigas de los prados vecinos, el aroma sencillo de la tierra que ha sido recientemente removida.

—No dice usted nada, Marina?

—Pensaba, responde, pensaba en lo que usted acaba de decir... Ciertamente, nos cabe el orgullo de ser los iniciadores en forma del teatro nacional. Todos, menos Barahona, fuimos alumnos del Curso de Declamación en el Conservatorio. Todos, menos yo, siguieron rigurosamente sus estudios hasta hace poco tiempo, y creo que por ciertas escisiones entre el Profesor y los Alumnos, éstos resolvieron, en su mayor número, formar el cuadro dramático, llamándonos a su seno a Marco Barahona y a mí.

—Fue usted de buena voluntad?

—Para ser sincera, francamente tuve miedo, mucho miedo. La empresa era difícil. Había a trabajar por nuestra propia cuenta, sin maestro, sin nadie. No contábamos con decorados, con nada casi. Las obras aún las seleccionamos citándonos al personal femenino, muy reducido por cierto, y a cuatro lienzos que existen en Utielita. Allí estaba nuestra mayor angustia, y, sin embargo, ya lo ve usted, hemos presentado algunas obras del teatro moderno; el público nos ha demostrado cariño, los amigos siempre tienen oportunas frases de aliento, la prensa nos estimula.

—Cuál es, Marinita, su autor preferido?

—Benavente. A mí me gusta este genial comediógrafo por las misma sencillez

de sus escenas. Fijese usted que no es necesario hacer esfuerzos magnos para interpretar un personaje benaventino. La obra misma salva todos los escollos, sólo que hay que comprenderle bien a Benavente, porque en aquella aparente sencillez en que se desenvuelve una comedia suya, se vislumbra la grandexa y la genialidad de sus concepciones. Son sus escenas de una delicadeza tal, que el espíritu parece que quisiera embriarse de aromas de amor... Casi nunca se llora, se quiere llorar; casi nunca se ríe, sólo se sabe sonreír. Es como un pomo, de suave perfume de maravilla, — jazmín, violetas, rosas, muchas rosas— que nos envuelve con piedad, como para hacernos ver que la vida debe aromársela siempre de cosas gratas.

—No ha sufrido hasta aquí ningún desencanto?

—Desengaño, no; disgusto, sí. Alguien hizo una crítica de TIERRA BAJA. En ella se dijo que la Marta que yo hice, fue, sencillamente, detestable; que el decorado no era artístico; que debemos ensayar más... Mire usted la crueldad del contraste. TIERRA BAJA ha sido uno de mis triunfos; después del segundo acto el público me aclamó con delirio. Perdóne usted mi pequeña vanidad, pero fue así. En mi camerino estuvieron a felicitarme varias personas, casi ya no los recuerdo a todos, entre ellos representantes de la prensa.

—Acabe usted con lo de la crítica.

—Me duró ese disgusto quince minutos, pues cuando consideré en que el autor del artículo exigía para TIERRA BAJA, para un cuarto de molino, en el cortijo, donde allí mismo se guarda el trigo y los útiles de labranza, decorados artísticos y de lujo, comprendí que no valía la pena...

—Marinita, al decir esto, calla y entorna sus ojos, apagando así, por un instante, como en el atardecer que se estumina en el horizonte, un milagro de luz y de ensueño. Yo hablo entonces:

—Marina, usted, en MARIANELA, hace una adolescente toda bondad y delicadezas. Sus frases son música. Sí, sí, no sonría. Sus palabras son música. Brilla un halo de bondad en torno de la chiquitina huacilde, de la pobrecita hija de la Canela, que, al mirarse en la luna de la fuente, llora su fealdad y se lastima el alma con sólo pensar en la impresión que ha de producir a los ojos de su señorito, que gracias al milagro y a los prodigios de la cirujía, pronto empezará a ver. Era el desdichado ciego de nacimiento.

—MARIANELA, dice la actriz, la interpreté con alma, y si cien veces fuera de representarla, cien veces me sentiría dichosa, descalza y con mis trapillos remendados, aconsejando a mi hermano Celipón para para que sea una buena persona.

—Pero sus triunfos artísticos, añado, están mejor acentuados en la alta comedia, en el drama moderno, donde una lágrima y una palabra se meten adentro del espíritu y hacen vibrar todas las fibras sentimentales; antes que las escenas de puñaladas y arrebatos con gritos, exageradas expresiones, mesaduras de cabellos, desmayos nada naturales y toda la corte de recursos echegarayescos. En *EL SECRETO*, usted diviniza, plásticamente, un cuadro del español Federico Beltrán, el exquisito: azul el traje preciosísimo, semi-acostada sobre un diván, cruzadas las piernas y todo el cuerpo en fina *pose* de hechicería. Sin dificultad, enmarcando de un fondo al violeta (por evocación, así me parece admirarla) se la pondría, por ejemplo, este título: *LA SEDUCCIÓN*. ¿No había un galán besando un zapato, de rodillas a sus pies? En *EL LADRON*, la Marisa que usted encarna cumpliendo esos delicados preceptos del arte francés, que tiende a la ironía adornada de una frase corta o una sonrisa a flor de labios, fué algo que sorprendió al auditorio, escaso pero selecto, que tiene que sufrir los co-

mentarios a cual más curiosos de los señores y de los jovencitos que saben de teatro... Y qué decir de la encantadora Jane de *EL ROSARIO*? Como un templo, la noche de su estreno, la Sala del Sucre simulaba estar desierta, porque, embargado por la emoción el auditorio, seguía con un silencio de recogimiento las delicadísimas escenas de la obra. Era como una oración, como una plegaria íntima elevada ante el santuario del Arte con sólo el pensamiento y el alma. Pero no quiero hacer elogios que resultarían pálidos bocetos con mis pobres palabras sin color ni intensidad; y pienso también —con un poeta de España, señor de castellana cepa, tal vez Marqués auténtico, Caballero del verso, Don Juan de hidalga prosapia, galante y decidor — que hay sentimientos que no deben exteriorizarse nunca: en el corazón nacieron y con él deben morir.

La tarde ha muerto ya, cuando en el palio del cielo, recamado de astros como diamantes de opalescentes centelleos, la Noche luce su monóculo de plata bruñida, que diría un poeta a Selenia cuando cruza por cual quier equinoccio.

Ezequiel Abad Guerra

Julio del XXVI.

Intelectualismo Morboso y Mentalidad Bolchevique

Al Sr. Dr. Remigio Crespo Toral

DECIDIDAMENTE a Ud., doctor Remigio Crespo Toral, no le falta razón cuando nos ha escrito: "la literatura nacional carece de estímulos, porque hay escritores enuatorianos que se complacen en atacarla".

Hemos llegado, en efecto, a un grado de extrema desolación literaria, y si hay una como crisis en todos los órdenes de la vida intelectual, no es precisamente por motivos ajenos a la obra destructora de la propia envidia, del propio rencor. El desprestigio, no viene, en realidad, de afuera. Lo hacen

nuestros queridos hermanos, y dentro del mismo escenario en que aparentemente nos movemos con toda armonía.

A primera vista, esto puede parecer insitado, y algo que debe de pertenecernos exclusivamente. Pero, no. En el fondo es ya una cosa universal y corriente, como que es hija de una mentalidad especial y hoy al desnudo: la mentalidad igualitaria, o MENTALIDAD BOLCHEVIQUE, que dice Gustavo Le Bon, y la cual, después de abate las viejas creencias y normas de la vida social, ha caído hasta sobre lo sagrado de la jerarquía intelectual, para desconocerla, y

violaría y hundirla con los andrajos de las almas humildes.

Gracias a aquella mentalidad, así como se ha eliminado la preeminencia de la tradición familiar o del dinero en las funciones de la vida pública, se tiende a reducir al último límite la escala de los valores de la inteligencia en las funciones de la vida espiritual.

La mentalidad bolchevique desconoce en el hombre el derecho para descollar por el talento. Todos somos, según ella, iguales, y merecemos lo mismo.

Tal mentalidad, desconoce también los valores morales. Y por eso es que ya no hay hombre bueno, ya no hay corazón limpio, y así, el lodo que manchó la triste existencia de los miserables, ha servido también para manchar el lustre de las vidas correctas. (Hay que notar que toda revolución con crecidos méritos, ha iniciado su acción "desmoradora" precisamente echando fuego a la casa y a la izquierda. Los ejemplos no están lejanos).

El deseo agudo de escudriñar la vida del desconocido, de poner de relieve el más leve vicio o la más mínima incorrección del tipo sobresaliente, o del carácter representativo, no viene sino de aquella mentalidad, que es vieja como la humanidad y como la envidia.

Para la inteligencia estrecha, imposible concebir que haya superioridades hasta en este orden y que haya el deber de respetar su influjo y su categoría; imposible tolerar que por aquella inteligencia simplemente haya más dinero, mayores triunfos para el que la posee.

Y, en este caso, hay que esperar que llegue un día para decir a los humildes, o a los imbéciles que pelulan junto a los talentos para mancharlos o para morderlos, lo que aquel citado Profesor Le Bon a Melanie, su cocinera: "DEBO YO PELAR LAS PATATAS, PARA QUE TU TE LAS COMAS", que equivale a "DEBI YO HABER NACIDO MEJOR PARA QUE SÓLO USTÉDES VALGAN".....

Más he aquí la horrorosa perversión democrática, a que aludía José Ortega y Gasset, en un estudio inolvidable. Lo que nos ha encantado como norma política y como un justo anhelo de justicia social, se ha transformado en una como feroz atrocidad igualitaria, que no respeta ni los más sagrados e íntimos bienes.

Por desgracia, parece imposible toda reacción, de no resignarse a la cruel y dolorosa lucha, que reclama, ante todo, el uso de armas iguales, o sea el descender hasta los fondos de la canalla.

Para esto, la mente de elección resultó muchas veces inútil. Pero, junto a ella pueden existir otras para quienes la adversidad que hoy les ha tocado sufrir a los mejores, no les sea indiferente. La lucha en conjunto resulta, entonces, menos desoladora.

Es decir, así como la mentalidad igualitaria ha creado las oleadas de resistencia o de hostilidad en los espíritus adocenados, habría que buscar en la reconcentración de los mejores, la defensa más eficaz. Así se ha hecho en algunas zonas de este conglomerado humano que las violencias de la desgracia ha corrompido moralmente.

Y en lo que atañe a nosotros, y a nuestras pequeñas cosas, nada más cierto que esta fijación del morbo mundial, en forma de animosidad o de desden. A Ud., doctor Remigio Crespo Toral, por eso, no le falta la razón, al quejarse de lo que escritores e importantes hacen en desmedro de sus compatriotas, como si les sobrasen valores que presentar a la cultura del mundo.

Es que, de la indignidad política, que confunde, aturda o zahiere ciegamente, se ha tomado el patrón visual para juzgar o no juzgar de ningún modo las demás cosas de la inteligencia o del arte.

Veal, pues, así, fracasada la experiencia, fracasados los más serios y detenidos estudios, e echada a perder una obra que fue cuidadosamente meditada y compuesta; veal, en suma, fracasados la aptitud y el saber, merced a la MENTALIDAD BOLCHEVIQUE—que es envidia, sordidez moral e incalculable estupidez pública.

Antes, naturalmente, el atrevimiento y, en cierto modo, al ANCHIO del Corregio, se llamó iconoclastia. En verdad, nunca faltaron iconoclastias admirables.

Pero ahora, al fin, la iconoclastia no es sino sistema negativo de la plebeya insignificancia, que se siente agresiva porque se reconoce aplastada.

Tal es lo que apena y desmoraliza. Todo este espectáculo de inversión y perversión de valores a que asistimos, no se funda sobre otra cosa.

Oscar Efrén REYES

La Agencia

de las exquisitas **Gremas** elaboradas por el Sr. Roberto Ponce se encuentra de venta en el Almacén de Cigarrillos, (Pasaje Royal).



QUITO ECUADOR

BIBLIOGRAFIA

LIBROS Y OPUSCULOS

Canción de Rosas, Jorge Ariel. —Episodio romántico de la vida vulgar. —Quito. —Imprenta Nacional. —1926.

Es la segunda obra que Humberto Salvador da para el teatro. Su optimismo es elocuente y su fervor por el género dramático, se va plasmando en una fructífera producción. Como en toda juvenil empresa, su teatro es lírico, exaltador de la pasión amorosa y sus personajes hablan, casi con una deliriosa de idilio. Como las tennes decoraciones de Martínez Sierra, hay en las escenas de este inteligente muchacho, un rosal bajo un cielo estrellado, una fuente de aguas purísimas, un sendero florido o una ventana que mira al jardín y las mujeres de sus simpáticos momentos teatrales, tienen una íntima devoción de ensueño y son emotivas, lugubres, como algunas de las heroínas de los Alvarez Quintero.

Salvador adquiere facilidad para el diálogo espontáneo y sus actores hablan como en la vida y sueñan y sollojan, como se debiera hacer en un mundo mejor.

Jorge Ariel estudia, lee y procura conocer la psicología del teatro. Que sea el quien recuda los laureles de este hermoso género, olvidado por los escritores ecuatorianos y que pronto nos de nuevas lecturas, tan vívidas de emoción juvenil, como su "Canción de Rosas".

Almanaque Ilustrado Hispanoamericano, para 1926.

Los amantes de la España grande que todos anhelamos, deben leer este Almanaque, y tal vez crean más posible los sueños de grandesa hispana.

Los escritores de todas las repúblicas hispanoamericanas, juntamente con los más selectos de la península, solar de la raza, contribuyen a formar el presente Almanaque con flores de poesía los unos; con cuentos y páginas de amena prosa, los otros; con tributo a los muertos ilustres, con estadísticas consoladoras y arengas de aliento, algunos otros; ilustrado y corroborado todo esto con retratos de celebridades políticas, literarias y artísticas, grabados de tipos y paisajes, de edificios y localidades, de cuadros de arte, limitándose con mucho acierto a completar la visión de una sola localidad para cada república, amenizando todo ello, con máximas, chascarrillos e historietas ilustradas, del gusto más exquisito.

Este popular Almanaque que publica la Casa Editorial Manceel, de Barcelona, y que entra en el año XVII de su publicación, supera a los anteriores. Su digno director y fundador, el conocido literato Don José Bressa, se esmera en presentarlo mejor cada vez.

La intelectualidad americana debe al Sr. Bressa las más sinceras felicitaciones por su noble labor de propaganda hispanoamericana.

El Libro de La Muerte (Consuelo para la vida), por Ramón Sarmiento, Pbro. — Casa Editorial Manceel. —Barcelona.

Es un libro interesante el que lleva el título que encabeza estas líneas.

El subtítulo que ha puesto el eximio autor "Consuelo para la vida", no puede ser más exacto. Después de bien saboreadas y meditadas las páginas hondas de esta obra admirable, nuestro espíritu adquiere esa dulce serenidad tan anhelada y que tanto apetecemos.

Es este libro, en pocas palabras, una obra de filosofía que la entiende un niño de siete años.

El Libro de la Muerte, dice un eminente publicista, por sus afirmaciones y por la forma en que está escrito, es de una novedad y de un interés extraordinarios. Su estilo y amenidad obliga a leerlo como una novela sensacional.

Leyendas Puertorriqueñas, por Cayetano Coll y Toste. —Tomo III. —Santurce, Puerto Rico.

Cuando terminábamos de leer el segundo tomo de "Leyendas Puertorriqueñas", estábamos por escribir a su distinguido autor, el Dr. Coll y Toste, agradeciéndole por su libro que tan agradables momentos nos había regalado, pero un día, antes de que se cumplan nuestros deseos, nos trae el correo un nuevo tomo, que lo leímos con más agrado que el anterior. Esta nueva serie de narraciones históricas, mejor impresas que las anteriores, llevan el sello y el sabor clásicos que lo distinguen a este poeta laureado. Todas ellas parecen escritas al correr de su pluma hábil e infatigable, que se contenta, muchas veces, con esbozar, apenas, el alma de un cuadro costial o de un paisaje antillano, dejando para el lector perspicaz y comprensivo algo así como una lente donde tiene que fijar su vista interior y adyvinar su belleza que él, egoísta, no ha querido descubrirnos. Su estilo es sencillo; y no podía ser de otra manera para un hombre que le viene corto el tiempo, que lo dedica a la política, a las ciencias, a la investigación paciente de su historia. Sus once tomos de "Anales de Puerto Rico", sus numerosos escritos literarios, su vida de labor intensa son ya un prestigio indiscutible para su país.

Tan bondadoso y gentil es nuestro ilustre amigo, que acaba de remitirnos una traducción en verso de "El Rubalyat", del poeta y astrónomo indio Omar Khayyam, que comenzaremos a publicar, compilados, en el próximo número de nuestra Revista.

La Religión al Alcance de Todos, por Rogelio H. de Ibarreta. —Según la XXXV edición. —Casa editorial Manceel. —Barcelona, España.

En nuestras próximas ediciones escribiremos detenidamente sobre el interés capital de este libro admirable que llamaremos nosotros "La Luz de la Verdad".

El libro de Barreta debe ser conocido por toda persona medianamente ilustrada. Su lectura la libertaria del fanatismo intransigente, que es una larva agobiante y mortífera en los tiempos modernos que nos están asombrando con la ciencia la verdadera luz en que se han de bañar las muchedumbres ciegas de los pueblos sabios.

Recomendamos la lectura de este valioso libro que ha triunfado en todas las ciudades de habla castellana.

Mariana de Jesús. —Cuadros de su vida. —V. M. —Quito, 1926. —Editorial Chimborazo.

Precedidas de un estudio elogioso del Arzobispo de Quito, doctor Manuel María Pólit, se reúnen hermosas reproducciones de los diez cuadros de la vida de esta santa admirable por su romanticismo heroico y su extraño fervor que se guardan como una reliquia en la Portería del Carmen y con los que el artista Víctor Mideros, rinde un sentido tributo a la delicada Azucena cuyo perfume de espíritu supervive presidiendo las meditaciones de esta católica ciudad. Se han rendido algunos poemas en loor de la santa, los mismos que acompañan a cada ilustración, como para interpretar en el verso la acabada perfección de los cuadros. Tendremos que decir, eso sí, que la mayor parte de esas composiciones rimadas, resultan un marco pobrísimo para tales imágenes. Pero el conjunto es agradable ya que se entreteje una corona para la frente de la Beata.

Como el Incienso. ... (poesías), de Aurora Estrada y Ayala. —Guayaquil, MCMXXV.

Transparencias (poesías), por Alejandro Ojeda. —Quito.

La Sombra de la Estatua, de Gastón Figueroa. —Montevideo, Uruguay.

Huyendo del Hastío (poesías), por el mismo autor.

El Porvenir de Cuba y el Porvenir de Rotary. —Conferencia pronunciada en el "Club Rotario", de Manzanillo, por M. A. Jurado Suárez.

La República del Ecuador. —Movimiento intelectual iberoamericano. —Conferencia pronunciada en la Universidad de Columbia, por César A. Navada, presidente de la Federación Universitaria Hispanoamericana de Madrid.

Nociones de Antropología, Fisiología e Higiene, por el Dr. J. Ricardo Palma M. —Segunda edición. —Guayaquil.

El Timo de la Paloma, juguete en un acto y dos cuadros, original de José Briso y Emilio Sevilla. —Casa Editorial Manceel, Bayamo.

Notas y comentarios de los libros y folletos que sólo acusamos recibo, daremos en ediciones posteriores.

REVISTAS Y PERIODICOS

Repertorio Americano. —Semanario de cultura hispánica. —San José de Costa Rica. García Monge hace de su Repertorio una concreción luminosa del pensamiento hispanoamericano. Libros nuevos, ideologías en formación, poemas de atrevidas lumbreras espirituales, joyas de literaturas clásicas acrecidas para los americanos en una antología semanal que facilitándoles la consulta, les hace el bien inestimable de concederles una lectura variada, ilustrativa y provechosa. Se discuten así, ampliamente, los problemas políticos y literarios de América y se unen los escritores del Continente, con el lazo del mismo conocimiento. García Monge realiza una labor más fuerte que la de ciertas cancellerías decorativas, porque rompe la hostilidad de la cordillera con las páginas de un semanario que es portador del pensamiento nuevo. Retornamos el cargo de "Repertorio" con excepcional agrado.

Cultura. —Ambato.

Ha honrado nuestra mesa esta revista de propaganda ambateña que trae la crónica sugestiva, la información gráfica, el verso delicado y la inteligente anotación científica. Su frontispicio, en consecuencia revisión de los valores ambateños, publica las fotografías de los hombres notables del Tungurahua. En este número le ha tocado el turno a Celiano Monge, a quien se concede un homenaje merecido. Juan F. Montalvo, Gabriel Román y T. Toro Navas, hacen de CULTURA una revista moderna, variada y correcta que se leerá siempre con mucha complacencia.

Azul. —Quena. —No. 1. —Director: Vicente Moreno Mora. —La lírica moldea no eleva su canto regional en esta revista. Y esto es lo que nos extraña. Reproducciones un tanto conocidas la llenan casi por completo, pero su bandera es de un azul de ensueño que hace simpatizar con la revista.

El Cosmopolita. —Ambato.

Director: Nicolás Rubio Vásquez.

En los últimos números de este semanario que está muy prestigiado en la República, se han publicado tres crónicas del libro de Augusto Arias: EN ELOGIO DE AMBATO, que han sido recibidas con entusiasmo. Vale la sugerencia: por la acertada cordialidad de esos capítulos llenos de una calidez de frase que entendiendo el cariño a la tierra nativa, este brevario ambateño debería ser leído por los niños de las escuelas del Tungurahua. "El Cosmopolita" ha reunido poemas de Luz Elisa Borja y Madreselva y en su último número comenta editorialmente el decreto presidencial que ponía a los ambateños en posesión de la Biblioteca Montalvo, que viene a realizar uno de sus mejores anhelos.

Educación. —Nº 4. —Julio de 1926. —Director: Emilio Uzcátegui. —Para el magisterio es una revista de indiscutible valor. Normas pedagógicas y orientaciones educativas se reproducen con oportunidad. En su primera página aparecen los retratos de notables educadores con una noticia concisa que les hace conocer de los nuestros a los que les ofrece una lectura necesaria la revista que nos ocupa.

Repertorio Americano. — Semanario de cultura hispánica. — De San José de Costa Rica.

Nuestra América. — Notable vocero mensual de las letras hispanoamericanas. La dirige, en Buenos Aires, el distinguido publicista Enrique Stefanini.

Boletín de la Biblioteca Nacional de Quito. — Director: C. de Gangotena y Jijón. — Nueva serie, N° 3.

Sanaté de Bogotá. — Revista mensual ilustrada. — Directores: Víctor E. Caro y Eduardo Guzmán Espinola. — Bogotá, Colombia.

Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes. — Publicación mensual ilustrada. — Fundador y propietario: José María de Gamonedo. — Director: Juan B. Acevedo. — Madrid.

Perfiles. — Revista quincenal ilustrada. — Director: Antonio Reyes. — Caracas, Venezuela.

Ilustración Mifárense. — Mensuario ilustrado. — Director: Rafael Delgado Ch. — Pasto, Colombia.

Hero. — Lectura para todos. — Director: Anastasio Fernández Morena. — Sancti Spiritus, Cuba.

Patria Grande. — Órgano de la Federación Universitaria. — Madrid.

Revista Ariel. — Revista mensual. — Director: Froylán Turcios. — Tegucigalpa, Honduras.

Revista de Instrucción Primaria. — Director: Luis F. de la Torre. — Revista mensual de la Dirección de Estudios de la Provincia de Imbabura, Ecuador.

El Mercado Poligráfico. — Revista mensual. — Director: Eudaldo Canibell Mazbernat. — Barcelona.

Revista Municipal. — Órgano del I. Ayuntamiento de Guayaquil.

El Universitario. — Semanario de Buenos Aires.

Renovación. — Semanario de difusión ideológica. — Director: Arturo Martínez Gallardo. — Tegucigalpa, Honduras.

El Intransigente. — Semanario de Guayaquil.

Diario de Oriente. — Publicación de San Miguel, Rep. de El Salvador.

La Prensa. — Diario de Guayaquil.

Los Andes. — Diario de Ibibamba.

El Dombó. — Semanario festivo y de caricaturas, de Guayaquil.

A. M.

“La Europea”

Peluquería, perfumería y almacén de primera clase

Acaba de recibir preciosas camisas, cuellos, pijamas de la renombrada marca STAR; y carteras para señoras, señoritas, hombres y niños. — Ventas por mayor y menor.

Hay un enorme y excelente surtido de Vividiés (ternos cortos interiores) y corbatas de pañuelo.

EXHIBO EN MIS VITRINAS

LOCAL: Esquina Guayaquil y Mejía — Teléfono 5-2-4

VICTOR M. IZA
PROPIETARIO

LA BOTICA UNIVERSAL

está atendida personalmente por sus dueños que son farmacéuticos.

Es la más acreditada de la capital porque vende drogas puras, frescas y legítimas. Visítela Ud. Se halla situada en la Carrera Guayaquil, Plaza del Teatro Sucre.

Casilla de Correos N° 13.

Teléfono 6-9-5

LA BOTICA PARISIENSE

del Dr. Humberto Arregui P.

Importa sus drogas y especialidades de las mejores casas europeas y americanas. Sus precios son bajos.

Venezuela y Mejía

Teléfono 8-2-5

REVISTAS

que deben solicitar las personas que se interesan por
la cultura Hispánica

<p>NUÉSTRA AMÉRICA</p> <p>REVISTA MENSUAL de difusión cultural Americana.</p> <p>Director :</p> <p><i>Eurique Stefanini</i></p> <p>DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Eduardo, 2521 Buenos Aires</p>	<p>Repertorio Americano</p> <p>Semanario de cultura Hispánica, de Filosofía y Letras, Artes, Cien- cias y Educación, Mis- celáneas y Documentos.</p> <p>Publicado por</p> <p><i>J. García Monge</i></p> <p>Apartado Letra X San José, Costa Rica C.A.</p>	<p>Revista de las Españas</p> <p>Órgano mensual de la <i>Unión Ibero-Americana</i></p> <p>Suscripción:</p> <p>América y España, un año 15 pts Número suelto 1 id.</p> <p>Calle de Recoletos, Nº 10—Madrid</p>
<p>Revista Hispano-americana</p> <p>de Ciencias, Letras y Artes</p> <p>Director:</p> <p><i>Juan B. Acebedo</i></p> <p>La correspondencia debe dirigirse a José M^o de Gamoueda</p> <p>Calle de San Agustín, Nº 7 Madrid, España</p>	<p>REVISTA ARIEL</p> <p>Quincenario de Letras, Artes, Ciencias y Misceláneas.</p> <p>Director :</p> <p><i>Froylán Turcios</i></p> <p>Tegucigalpa, Honduras</p>	<p>ORTO</p> <p>Revista Quincenal Ilustrada de Literatura y Arte</p> <p>Directores:</p> <p><i>Juan F. Sarril</i> <i>Angel Cañate Vivó</i></p> <p>Apartado Nº 154 Manzanillo, Cuba</p>
<p>PATRIA GRANDE</p> <p>Órgano de la Federa- ción Universitaria Hispanoamericana</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Magdalena 12 Madrid, España</p>	<p>Santafé y Bogotá</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Directores:</p> <p><i>Victor E. Caro</i> <i>y Eduardo Guzmán</i> <i>Esponda</i></p> <p>Apartado Nº 541 Bogotá, Colombia</p>	<p>PERFILES</p> <p>Quincenario Ilustrado de Literatura, Artes, Ciencias y Actualidades</p> <p>Director:</p> <p><i>Antonio Reyes</i></p> <p>Apartado Nº 434 Caracas, Venezuela</p>

FABRICAS DE TEJIDOS DE JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

ARTICULOS DE ALGODON :

Casinetes — Camisetas — Calzoncillos — Calcetines — Cotin — Chamelote — Driles — Franelas — Hilos — Lienzos — Lonas — Limpiones — Manteles — Medias — Pañolones — Satines — Servilletas — Sobrecamas — Tela afelpada — Tela de guardas para pisos y macanas — Tela para sábanas, manteles y cortinas — Toallas y otros artículos más.

TEJIDOS DE LANA :

Bayetas — Casimires gran surtido — Cobijas — Franelas — Gualdrapas — Jerga — Ponchos con y sin fleco. — Pañolones enteros y de media hoja — Mantas de viaje, etc. etc.

BOTONES DE TAGUA :

PRECIOS sin competencia — Calidad Superior. — Tinturas firmes.

DEPOSITO :

ALMACÉN, CARRERA SUCRE N° 9.

AGENCIAS :

EN Latacunga, Ambato, Riobamba, Alausí, Cuenca, Guayaquil y Manta.